

Premios y menciones 2008

IV Concurso Bonaventuriano de Cuento y Poesía



UNIVERSIDAD DE
SAN BUENAVENTURA
CALI

REVISTA

EL CLAVO

www.elclavo.com



**UNIVERSIDAD DE
SAN BUENAVENTURA
CALI**

Departamento de Bienestar Institucional
Área Artística y Cultural

**IV Concurso
Bonaventuriano de
Cuento y Poesía**

18 de abril de 2008

ISBN 958-97960-0-1

© Universidad de San Buenaventura Cali
Departamento de Bienestar Institucional
Área Artística y Cultural

Ilustraciones: Diego Fernando López Rivera

Técnica utilizada: Fotografía e ilustraciones

Nombre de la técnica: Foto-gráficos

Diseño: Editorial Bonaventuriana Cali

Marzo de 2009 - cc



Índice

- Prólogo
- Acta del jurado
- Poesía
 - *Omar Alberto Santos Balán (Primer premio)*

 - *Geovannys Manso Sedán (Segundo premio)*

 - *Álvaro Ruiz Fernández (Tercer premio)*

 - *Juan Alberto Rivera Gallego (Mención)*

 - *María del Mar Estrella (Mención)*

 - *Mario Sampaolesi (Mención)*

 - *Déborah García Morales (Mención)*

 - *Humberto Jarrín (Mención)*

 - *Silvina Gabriela Sánchez (Mención)*

 - *Frank Vaicel Castel (Mención)*

 - *Francisco Hilario Saavedra Barrios (Mención)*

 - *Alfredo León Barcelo (Mención)*

 - *Amelia Arellano (Mención)*

- Cuento
 - *Marcelina Gracia Moreno (Primer premio)*

 - *Humberto Jarrín (Segundo premio)*

- *Marvelis Marrero Fleites (Tercer premio)*

- *Amparo Ramírez Vásquez (Mención)*

- *Fernando Alarcón Alarcón (Mención)*

- *Harold Ruiz Paz (Mención)*

- *Francisco José Vidal (Mención)*

- *Santiago Pereira Campos (Mención)*

- *J. Wiston Espejo M. (Mención)*

- *Fabián Mauricio Martínez González (Mención)*

- *Walter Cazenave (Mención)*

- *Saturnino Rodríguez Riverón (Mención)*

- *Raúl Sánchez Acosta (Mención)*



Prólogo

Este libro nace del impulso creador de cientos de escritores del mundo que en respuesta a la convocatoria de la Universidad de San Buenaventura Cali enviaron sus obras al concurso literario, dando testimonio de la potencia que la literatura posee como lenguaje, capaz de facilitar el encuentro de hombres y mujeres que en distintas latitudes de la tierra sueñan, aman, construyen, sufren, dudan, imaginan, crecen y crean.

Quinientos sesenta y dos escritores y escritoras de 16 países (Argentina, Chile, Uruguay, Paraguay, Perú, Ecuador, Colombia, Venezuela, Panama, Cuba, México, Estados Unidos, Portugal, España, Francia, Suiza) entre ellos estudiantes y docentes de prestigiosas universidades, profesionales de disímiles disciplinas, amas de casa, hombres y mujeres de todas las edades, pusieron en nuestras manos miles de poemas y de cuentos que, según el criterio del jurado, se destacaron por la diversidad temática, por la variedad estilística y, en la gran mayoría de los casos, por la calidad literaria.

Entre los concursantes hubo escritores reconocidos con importantes premios nacionales e internacionales y otros que están comenzando a dar sus primeros pasos en el exigente ejercicio de expresar lo que sienten y piensan a través del lenguaje poético y/o narrativo. Todos ellos con su participación aportaron a nuestro certamen luces nuevas que confirman el empeño de quienes tra-

bajamos para propiciar espacios de circulación de la cultura como potencia humanizadora; como manifestación valiosa del espíritu y el pensamiento de los seres humanos.

Escribir es dejar señales en el tiempo, es escudriñar la realidad con mirada abierta al asombro, al hallazgo; es la posibilidad de crear nuevas realidades que develen a los ojos de muchos lo que el escritor ve desde una óptica inédita, re-inventando el mundo con palabras que ya todos conocemos, pero que nos llegan con nuevos timbres, con matices cromáticos recién inaugurados; palabras antiguas como la memoria de los seres humanos que vuelan hacia nosotros para contarnos historias que nos conmueven, nos enternecen, nos movilizan y, porque no, nos provocan a tomar entre las manos el lápiz y escribir, escribir dispuestos a tramontar la convencionalidad de lo rutinario y desplegar la imaginación para ver germinar sobre la inquietante superficie del papel la señal alentadora del poema.

La Universidad de San Buenaventura Cali, comprometida con la promoción de espacios que faciliten la expresión creadora y el desarrollo integral de quienes y todas las que forman parte de su comunidad educativa, ha logrado institucionalizar este concurso literario, que nació hace cuatro años con la premisa de motivar a los jóvenes universitarios a escribir explorando lenguajes literarios que en muchas ocasiones consideraban distantes a sus posibilidades expresivas. Hoy no sólo hemos incrementado la participación de nuestra comunidad, sino que orgullosamente hemos traspasado las fronteras, logrando que nuestro concurso sea uno de los más reconocidos de la región y uno de los más prestigiosos en el medio universitario.

Felicitamos a todos los que publican sus obras respaldados por los premios y menciones del jurado y esperamos que los textos que ven la luz en este libro sigan su ruta promisoriosa y encuentren en cada lector la gozosa acogida y el reconocimiento que han despertado en nosotros.

Pedro Mario López Delgado

Poeta, narrador y miembro del jurado



Acta del jurado

El viernes 18 de abril de 2008, a las 12:00 m., se reúne el jurado del IV Concurso Literario Bonaventuriano de Cuento y Poesía, en uno de los auditorios de la Universidad de San Buenaventura Cali para, tras varias sesiones de trabajo y deliberación, llegar a conclusiones y otorgar las distinciones.

Por unanimidad el jurado concuerda en la alta calidad de los trabajos presentados por los 562 participantes de los 16 países que deseamos mencionar, comenzando de sur a norte: Argentina, Chile, Uruguay, Paraguay, Perú, Ecuador, Colombia, Venezuela, Panama, Cuba, México, Estados Unidos, Portugal, España, Francia, Suiza. A todos ellos nuestras felicitaciones.

El jurado, integrado por:

Adela Guerrero Collazos

Universidad Javeriana, Bogotá. Licenciatura en Educación, Teología y Catequesis, Universidad Santo Tomás, Bogotá. Licenciatura en Filosofía, Universidad de San Buenaventura Cali. Magíster en Educación de Adultos. Co-fundadora y

vicepresidenta de la Fundación de Poetas Vallecaucanos. Ha participado en importantes encuentros literarios nacionales e internacionales. Ha sido premiada en importantes concursos nacionales e internacionales. Fue la ganadora del primer premio en poesía del Concurso Literario Bonaventuriano 2007. Ha publicado los siguientes libros: *En la mañana de los pájaros*, Ediciones Arte Color, 1997; *Ceremonial de la luz*, video poema y CD, 2001; *Orilla de tiempo*, Ediciones Beaumont, 2003; *Desde mi ventana*, ediciones Embalaje, 2005.

Gustavo Adolfo Aragón Holguín

Licenciado en Literatura y magíster en Literatura Colombiana y Latinoamericana, Universidad del Valle (Cali). Durante varios años ha sido docente en diversos niveles de la escolaridad y actualmente se desempeña como profesor de las cátedras de literatura clásica griega, latina y medieval, en la Escuela de Estudios Literarios de la Universidad del Valle. Igualmente, asesora proyectos de investigación tanto, en la especialización como en la maestría en Educación de la Universidad de San Buenaventura.

Autor de diversos artículos sobre las relaciones entre la literatura clásica y la enseñanza de la literatura. Co-autor de libro *De viajes y círculos. Reflexiones para apoyar la formación de lectores y productores de textos*, publicado por el IEP de la Universidad del Valle. Ha participado activamente en los coloquios sobre la didáctica de la literatura y la lengua. Autor del texto *Los juegos de rol como una estrategia para propiciar la producción de textos narrativos en el aula*, que conforma un capítulo del libro *La didáctica de la literatura: el estado de la discusión en Colombia*.

Pedro Mario López Delgado

Coordinador del Área Artística y Cultural del Departamento de Bienestar Institucional y docente de la Universidad de San Buenaventura Cali. Lic. en Historia del Arte, Universidad de la Habana. Especialista en Desarrollo de la Creatividad, IPLAC, Cuba. Miembro de la Unión Nacional de Escritores y Artistas de Cuba. Sus poemas y cuentos han sido publicados en libros y antologías en Cuba, Colombia, Venezuela y Argentina.

El jurado, después de analizar las obras presentadas por todos los participantes, y socializar sus criterios con respecto a las obras seleccionadas, deliberó y decidió otorgar:

En el género poesía:

- Primer premio: *A veces los muertos*.
Autor: Omar Alberto Santos Balán. País: México.
- Segundo premio: *Sobrevivencias del humo*.
Autor: Geovannys Manso Sedán. País: Cuba.
- Tercer premio: *Poemas ballados en un tren*.
Autor: Álvaro Ruiz Fernández. País: Chile.

Otorga menciones en poesía a:

- *Aunque me pierda todo*. Juan Alberto Rivera Gallego. Risaralda, Colombia.
- *Hacia un país de lágrimas sin nombre*. María Del Mar Estrella. Argentina.
- *El taller de Leonardo*. Mario Sampaolesi. Argentina.
- *Como un oleaje*. Deborah García Morales. Cuba.
- *Breviario de amor oscuro*. Humberto Jarrín Cali, Colombia.
- *Desde mis letras el primer texto*. Silvina Gabriela Sánchez. Argentina.
- *La fe*. Frank Vaicel Castel González. Cuba.
- *De los que se han ido pero siguen presentes*. Francisco Hilario Saavedra Barrios. Paraguay.
- *Postales del naufragio*. Alfredo León Barcelo. Cuba.
- *Lete*. Amelia Arellano. Argentina.

En el género cuento

- Primer premio: *Restos*.
Autor: Marcelina Gracia Moreno. País: Cuba.
- Segundo premio: *Catarsis del Minotauro*.
Autor: Humberto Jarrín. País: Cali, Colombia.
- Tercer premio: *Preceptos*.
Autor: Marvelis Marrero Fleites. País: Cuba.

Otorgar menciones a:

- *El que deambula la tierra*. Amparo Ramírez Vásquez. Cali, Colombia.
- *Decreto*. Fernando Alarcón Alarcón. Bogotá, Colombia.
- *Tradición*. Harold Ruíz Paz. Cali, Colombia.
- *Los movimientos*. Francisco José Vidal. Cali, Colombia.
(Egresado de la USB).
- *Los silencios del sonido*. Santiago Pereira Campos. Uruguay.
- *Los escritores*. J. Winston Espejo M. Bogotá, Colombia.
- *Baños públicos*. Fabián Mauricio Martínez González. Bucaramanga, Colombia.
- *Espejos*. H. Walter Cazenave. Argentina
- *Alguien más dentro de uno*. Saturnino Rodríguez Riverón. Cuba.
- *Presagio*. Raúl Sánchez Acosta. Cúcuta, Colombia.
- *Porque se desnuda el señor Paphadópulos*.
Julían Enríquez Quintero. Cali, Colombia.

Mención especial para Oriana Ruíz por ser la participante más joven del concurso, con 13 años.

Para que así conste, el jurado del IV Concurso Literario Bonaventuriano de Cuento y Poesía firma la presente acta, a los 18 días del mes de abril de 2008, en la Universidad de San Buenaventura Cali,

Adela Guerrero Collazos
Gustavo A. Aragón Holguín
Pedro Mario López Delgado

Poesía



Omar Alberto Santos Balán
México



A veces los muertos

Porque te has muerto para siempre, como todos los muertos de la tierra, como todos los muertos que se olvidan en un montón de perros apagados.

Federico G. Lorca.

Perseguir a la figura y al perderla seguir en ella lo perdido, perderlo de veras al perderlo seguir por ella en el silencio la misma figura que retorna.

José Espinasa.

A veces los muertos

Los muertos a veces se levantan,
entierran sus veladoras,
leen sus poemas del jueves.
Y entre nubes y horóscopos
hurgan cristales o azules de un lejano
porvenir.
Ya no discuten sobre el tiempo
o sobre la luna que lloraron en el pozo.

Ignoran la ofensa, no saben
más de la incapacidad.
Ya ni voltean a ver la piedra
de los castigados
o la enorme hiedra que cubre la fuente.
Conformes se entregan a la libertad
de la palabra o al prodigio del polvo.
En el solar comparten sus pergaminos
acerca de la doncella,
el antiguo escapulario de sus hazañas.
A veces los muertos creen que el amor
es una criatura débil que llegará por su lámpara,
a veces los muertos piensan que llegará el aroma,
el cascabel inconfundible de la amada,
y dormirán tranquilos, y pensarán en la salvación.

Pertenencia

Perteneces a los libros de la ausencia,
a la patria que se mira
desde los escombros.
Vives en la palabra de los páramos,
en la herida que somete,
en la daga que asusta
a las aves del relato.
No sólo congregas a las filosofías
del cardo,
a la tribu enloquecida.
Tu costumbre es un interminable soliloquio
que repites sobre los epitafios.
Tienes en tus manos la oscuridad del fruto,
la ceniza que burla,
el manantial turbio
donde lavan su enfermedad los dioses.
Tienes el ayuno y el talismán del enemigo,
lo que el rebelde solloza ante el cristal.

Insalvable

Y no habrá algún prodigio que ponga
de rodilla a tus fantasmas,
ni la certeza de tener privilegios
frente a la retirada del arcángel.
Tu flor alimentada en los laberintos
vendrá a ser el reclamo perdurable,
la paranoia que elige entre las piedras.
En el espejo la rabia. En el camino
la ansiedad última de proferir
por los recovecos.
Te llegará la noche para saldar viejas deudas,
para deletrearle sus muros a la derrota.
Te llegará ese fruto
por si visitas los despeñaderos
del poema,
Por si te mojas bajo el árbol
de las lamentaciones.

En los relatos de la partida

En los relatos de la partida
casi siempre hay lluvias o tulipanes negros,
orgullos vanos que arrojan al charco
sus flores.
Siempre hay el acantilado donde resbala
el cráneo del arcángel.
Los ojos ya no tienen el cielo.
Lágrimas absurdas sin oración.
Soplo de niebla cubriendo los versos.
La misericordia es una brasa insoportable.
Hay un cristal ensangrentado
entre dos manos.
Alguien termina por mencionar
al tercer personaje,
alguien termina por revelar la enorme
incapacidad del hombre.

Decir la estatua

La estatua que más amas,
la que limpias con sollozos y extravíos,
es la que sostengo en los sacrificios
del poema,
la que me borra jazmines y horóscopos
ante las estúpidas cuevas del reino.
La estatua que reconoces
es la que persigo
en los recovecos de la noche,
es la que yo miro, extenuado, inútilmente,
desde el ático de las renunciaciones.

Peticiones

A la piedra olvidada por el sueño
Al muro que mostró la sangre del libro y el cordero
Al relámpago que escondió los abrazos del valle
A la fogata del débil que vino del relato
Al estallido que obsequió nuevas noches a la quimera
Al retorno de la maga y los esbirros
A las promesas que se aceptaron en el vientre libertino
Al siglo del atavismo y las mazmorras
Al país del engaño y las prohibiciones
Pídele el reposo del templo y la lámpara
Pídele el proverbio que descifra al vencido.

Donde nace el olvido

Donde nace el olvido aparece tu piel,
el memorable descanso de tus rodillas,
la tibia madrugada de tus senos,
geografías milagrosas, adorables
que ofrecen preocupación y laberinto.
Donde nace el olvido recobra sus
pertenencias la estatua,
viene la caravana de espectros
a venderme sus temores, sus espinas.
Viene el ave de los castigos
como soplo de burla, mirada de verdugo,
y yo me quedo con la corona
en el fango,
como atribulado
rey de las preguntas.

Sin atajo

Abatido como la soledad del reptil,
como el juglar que solloza
por sus pergaminos,
por la lejanía de unos labios.
Consumido bajo la torre de las negaciones.
Perseguido por las burlas que vienen
más allá de las columnas.
Y tu recuerdo como una gárgola implacable
sacándome las venas,
como una criatura inabitable
apaleándome la cabeza,
dejándome sin espada
sin atajo.



Astuta quimera

Entonces vive un prodigioso verdugo
que combate toda suficiencia,
que le ofrece noche y camposanto a la bondad;
Entonces, sabiendo que la sinceridad
renegó de sus capitanes, que el amoroso
empeño termina en la ciénaga,
y no hay labios para el origen,
y se borran banderas por el juramento,
mi reclamo se lo lleva esa mujer,
astuta quimera,
que al cerrar el claustro
deja los cardos en la palabra,
un interminable país para los tropiezos.

Si la fragilidad

Sólo basta la noche para ya no
insistir en la escapatoria.
Sólo basta la noche, los desengaños
de la casa para que tenga más carne
más soplo la renuncia.
Sólo basta la noche, la casa
y este absurdo reclamo
para que entonces, despierte, avasalle,
demuestre sus prodigios
la fragilidad.

Resignación

No habrán ya esos labios
más vivos que la ola,
ese cuerpo más claro
que el trébol.

No habrá más la oración
alrededor de la fogata,
no volveré a tener origen,
una noche de respuestas
bajo su humedad.

Profética

Si terminó el temporal de las sublevaciones,
acaso los esforzados tributos por la cabellera,
después de la carne que nos llevó
al poema de la caída,
definitivamente después de la mujer,
habrán de decirse verbos más inconsolables,
nuestras rodillas andarán en esos socavones,
donde nos obligarán a escupir
el cadáver de los magos.

Cierta compañía

No está sola,
no anda en la ausencia
de los gatos,
Pertenece a octubre
y sus fantasmas,
Tiene una mano cerca
del cuello de la paloma.
No está sola,
recoge a diario las diademas
del zombie,
vive en los límites,
acompaña en las noche
al asesino de los corderos.

Resignación

La casa vive de lo que hiere, ha quedado claro:
no hay puente para fábulas, ni tiempo de escapes,
la memoria es un relato de cuervos,
toma su navaja el dios de las subjetividades,
hay que sangrar...

Omar Alberto Santos Balán. *México*

Nació el 18 de octubre de 1975, en México.
Licenciado en Literatura.

PREMIOS

Certamen Literario Nacional: Juegos Florales Nacionales de Tabasco (Tercer lugar. 1998). Premio Nacional de Cuento "Juan José Arreola" (Mención honorífica. 1999). Premio Nacional de Poesía Juegos Florales Nacionales Universitarios de Campeche (Mención honorífica. 1999). Premio Nacional de Poesía Juegos Florales Nacionales de San Román (2000). Premio Nacional de Poesía, Juegos Florales Nacionales de Oaxaca (2do. y 3er. lugar. 2002). Certamen de Poesía XIV Concurso Literario Nacional Timón de Oro (3er. lugar. 2000). Mención honorífica en el premio Nacional de Poesía (2006) convocado por la Universidad Autónoma de Campeche. Premio Nacional de Poesía Ignacio Manuel Altamirano, en diciembre de 2006. Mención de honor en el V Premio Internacional de Poesía Lincoln-

Martí, 2007. Premio Nacional de Poesía San Juan del Río Querétaro, en junio de 2007. Premio Nacional de Cuento Timón de Oro, octubre de 2007.

PUBLICACIONES

Libro de poemas *Juegos Florales Nacionales de San Román* (1999). Libro de poemas *Los desmayos del verbo* (2003). Libro de poemas *Memorial de espectros* (2006). Ha publicado ensayo, artículos, poesía en suplementos periodísticos y en revistas literarias de la región. Actualmente tiene varios textos poéticos y narrativos inéditos. Ha sido considerado para aparecer en la antología *Del silencio a la luz*, mapa poético de México, que reúne a los poetas de toda la nación mexicana, nacidos a partir de los sesenta. Forma parte de la institución poética de orden mundial, denominada *Poetas del mundo*, en cuya web aparece como socio y desde ahí comparte su poesía y su visión estética con otros bardos del orbe.

Geovannys Manso Sedán
Cuba

Sobrevivencias del humo

Quisiera ser

el languidecido abrazo
donde se presagian los finales
la nocturnidad aterida a mi vientre
como una deuda o un reclamo
de hijo.

Pero observo entre los barandales corroídos
y me palpa lo que acontece
cual si fuera

un deleznable temor
o el trepidar de una hoja.

Me bastaría acaso
una solución falible
un parpadeo susurrante
aquella imagen que en la pantalla
reclama su sitio entre los suyos
yo que no sé de los míos
me consagro en la derrota
en el huir sin límites
y me regreso a un hogar
donde el hedor pernocta
en su gris encrucijada.



Memorias del humo

Tratemos de entrar en la muerte con los
ojos abiertos...

Marguerite Yourcenar

Primera memoria

a Lina de Feria

Nadie se describe
ahora que el pan cubre la mesa
art decó
en la extraña memoria de los días.
Ahora el pan elude su mutismo
rostros que la felicidad dibuja
sin fisuras.
Ya no mar/
latidos/
arrecifes/
pactos que en la exultante miseria
nos proscriben
isla entrevista
escindida en elogios

o tropiezos del pie
hieren la silueta
de mi padre.
Ahora el pan —ajeno—
es quien convoca
sonrisa entre labios
pero el humo ausente
en un sucederse
de torres que no están/
yéndose de un país
que fragua su memoria
desde / para / sobre el humo
gris de los ingenios.
Torres que antes fueron
la divisa del viajero/
erguido su estandarte
en la geografía —pálida—
insular de nuestros días.
Memoria de mi infancia:
adiós de mi padre
abuelo-adiós
y tíos y parientes
familia que respira
porque respira el humo
en los ingenios.
Ignorantes de un destino
que no asciende
pero existe la utopía
entre sus rostros.
Parten pues la batalla arrecia
y el azúcar magnífica
sus destinos
héroes que de zafra en zafra
acumulan medallas
artículos deformes
amantes incorpóreas
sobre la geografía de este país

bañado / escindido en arrecifes.
Y digo: el agua, el mediodía, el azúcar..
y digo: espasmo / lodazal / jauría
país cambiante
sepia vs. technicolor
en la pregunta umbría de mi padre:
¿qué hacer ahora —dime— sin el humo?
sino mendigar otra rutina
allí donde aprendimos el naufragio
en la perennidad de un latido.
Isla cambiante:
humo vs. Mayabe
vs. Hollywood
vs. Meliá Varadero
vs. Siglo XXI
vs. Nada.
Y qué hacer
si morir no basta
hay que morir a tiempo
para no ver/
sentir/
palpar
ese cadáver exultante
tras tu puerta:
envejecido/
ignoto/
pleno de violencias
donde gravita el fatum
de un país
que ha visto caer
sus estatuas de humo
sus plazas de humo
sobre los ojos
de mi padre...

Segunda memoria

con José Lezama Lima...

«Toda historia verdadera
es siempre la de Troya»
o la de usted
diciendo:
«El humo de mi tabaco
y la humedad
de las paredes
de mi casa
son mi propia historia.»
Así vamos creando
agujeros en la niebla
sobre la orquídea
o la clorofila
hasta que ocurra el salto
o se cierren las cortinas.
Así vamos
sobre un tablero de ajedrez
siempre geométrico
y deforme
prestos a encontrar
la muerte
en el humo
en los pantanos
en la red agonizante
de los abuelos
que personifica nuestra deuda.
Porque nadie nos dirá:
«Bienaventurados los que parten
aquellos que regresan
del rencor
y del último extravío
llevando consigo
un carcaj
de flechas precipitantes.»



«Bienaventurada
la hoguera
porque ella
reconoce
el estertor postrero
y la transparencia del humo.»
Ahora que toda historia
verdadera
es siempre
—y será—
la del naufragio.

Tercera memoria

con Jaime Sabines

Quién ofició la unánime
sentencia
la estación umbría
de los cardos
donde el mirlo
suplanta a la paloma
y llega a casa
portando noticias
de un invierno
que no nos pertenece.

Quién dijo humo
y se corta las venas
para no quedarse sin palabras
allí donde sumerge
el arlequín
su torpeza visceral
y luego accede
—entre súplicas—

a leernos la palma
de la mano:
«Tú patria es el miedo
—nos recuerda
el desamparo de las horas
donde cifra tu padre
su esperanza.
Quien vea tu mano
—abierta
podrá reconocerse
en el pasado de una isla
bañada/ escindida por el humo
de puertos insumisos
inmersa en la procreación
de su utopía.
Quien observe tu mano
se reconoce en ella
gravita/
o se pierde en su mutismo.

He aquí la felicidad/
he aquí tu sombra/
he aquí los hijos/
y el temor a la mañana
que ingrávica revierte
su esplendor.
He aquí tu infancia
lecturas predilectas
el anhelo de no ser
y sus aguas fluyentes.
He aquí
el tórpido canal
y la palabra umbría...»

Cuarta memoria

Ayer, frente a las ruinas, pude no haber sido quien oficia estas palabras. Fue torpe mi silencio y torpes también mis manos que no asimilaron la herrumbre. El temblor callado del metal urdía sus memorias, y escuché—entre susurros— ciertas y no menos provocativas confesiones. Ayer pude volverme. Decir: «todo me es ajeno y distante; todo, salvo la quietud del perro que olfatea su comida.» Créanme que ayer yo era un hombre triste ante las ruinas, un hombre que apenas le bastaba su falsa sapiencia de las pobres cosas, corrupto muy dentro de sí mismo; ambiguo por antonomasia.

¿Qué tiene la torpeza que nos ata?

¿Qué ostentación la del hombre si atesora ruinas?

Ayer pude zozobrar; erguir una vela sobre la torre límpida, pero mis manos se aferraban al metal, yerbo de ternuras, aborrecible su quietud en la concavidad de nuestros ojos.

A mis espaldas la tempestad auguraba un tiempo en que todo fue preciso; y menos fiel la llovizna en cada hogar.

Ayer, frente a las ruinas, pude no haber sido quien oficia estas palabras, cuando el temblor callado del metal, diluía sus memorias...

Quinta memoria

Dicen que antes
yo era el humo
su humilde acontecer
entre las islas
la permisible errancia
de país en país:
el humo de Berlín
de Kamchatka
donde las focas
encuentran su quietud.
Sin embargo
yo anhelo
—me regreso en

el humo de mi patria
aquel que fija su inmanencia
entre héroes y bárbaros
ajeno a vicios
de la quietud.
Yo digo humo
cuando...
...todo se confunde
todo crepita bajo mis pies
y fija su exorcismo.
...la isla me visita
en abrazos furtivos
cruz donde se vierte
su ascensión
su torpe circunloquio.
...veo
entre piedras y helechos
por remansos de piedras finas
y alegres cascadas
correr el agua limpia
que se pierde
en la euforia de su unánime curso.
...los ojos de mi madre
son ya la lejanía
un faro
una canción tristísima
de María Teresa Vera.
...el pez agoniza
sobre la ausencia
de vestidos
de mi hermana
sobre la página en blanco:
imperfecta/
ingenua
aborrecible ella misma
en su blancura.
...todo se precipita en caos

en tiernas lencerías
que prostituyen mi alma
y semejan eufemismos.
...me convierto
en héroe/
mirada distante/
acróbata/
traidor/
sofista/
padre/
obscuras palabras
que zozobran
en mi vientre
prestas a perderse
a naufragar
sin límites
en la garganta del lobo.

Sin embargo
yo anhelo
—me regreso sobre
el humo de mi patria
su humilde acontecer
su gris aullido
que fenece
entre las islas...



Sonetos donde la preclara luz conversa con su sombra

¿Quién me observa aquí? ¿Quién, jamás, en algún sitio,
leerá estas palabras escritas?

James Joyce

Y sin embargo duele esta neblina

de redes, cual apócrifas verdades
yo me pierdo entre finas oquedades
que el hoy nos dicta y que mi voz declina.
...y sin embargo, el humo nos obsede
nos sumerge, nos cubre, nos desplaza
sin bridas, sin tiempo, sin coraza
más allá del mañana que nos quede.
Y tú sabrás nombrar nuestro mutismo
dictado por la férrea podredumbre
de unos años ajenos al temblor
qué nos queda, si en tu falaz abismo
significo neblina y no esta lumbre
Signo y verdad proscritos de color...

No temas a la muerte promisoría

o la daga que exalta mi destino
exonera el envés que en tu camino
hoy proclama esta línea divisoria.
No temas al candil, al sitio extraño
ni al padre que bendice mi batalla
pues el humo es tu rostro cuando calla
la página febril de todo engaño.
Hoy dicto esta palabra, esta mentira
esta ausencia de acordes que no fijo
más allá del obscuro acontecer.
Hoy ya mi sombra ante tu faz expira
y mi verso no es más que aquel sufijo
que signa el universo de tu ser.

Los molinos de viento muelen viento.

Raúl Hernández Novás

Una razón habrá, quizás exista

lugar umbrío, ajeno a toda «mancha»
un sitio que valide la revancha
del Ser que nos proscribe con su arista.
Un turbio lodazal, una avalancha
de verbos, de sintagmas perentorios
una procesión de alquitrabes dorios
donde oficie el albatros su revancha.

Alejarme sin más de esta comedia
naufragando entre islas vesperales
que cifren desde el humo su tormenta.
Alejarme de mí, del Yo que intenta
ser bufo en este circo sin fanales
que nubla tu razón, y nos asedia...

Esos reyes del cielo, torpes y avergonzados...

Baudelaire

Sobre la tierra: inerte, tu torpeza

ignota, si proscribe nuestro adiós
hoy postrera, cifrando en cada dios
este signo que invoca la pobreza.
Gravitante, tu rostro de orfandades
dignifica el temblor de toda cruz
semejante al resquicio que la luz
sobre el humo penetra en las ciudades.
¡No más orilla! Nuestro el espejismo

de torpes criaturas sin temor
a fenecer al borde de un alud.
¡No más orilla! Plena, la quietud
del pez oficia —yerto— su estertor
en todo cauce —yerto— su mutismo.

Abyecta la penumbra nos bendice

Si calla, la penumbra: qué temblor
de voces nos proscriben el temor
al unánime espejo que maldice.
Bástenos la duda, su rostro esquivo
allí donde adeudamos nuestra fe
inmersos en la Isla del por qué
inmersos en la ruina que derribo.

Otra será la casa. Otro el sufijo.
Otra la penumbra. Otro el laberinto.
Otra mano. Si manos anhelamos...
Otro humo bastará, si naufragamos.
Otro tiempo, que ajeno a todo instinto
ya no impida el abrazo que maldijo.

Geovannys Manso Sedán. Cuba

Nació en Santa Clara, Cuba, 1974. Escritor. En 1999 funda, junto a varios narradores del país, el Centro de Formación Literaria "Onelio Jorge Cardoso". Ha publicado *La soledad y otras mentiras* (cuento, Ediciones Sed de Belleza, 2001); *Las palabras ausentes* (narrativa para niños, Editorial Capiro, 2006); *Cifras de la muerte* (poesía, Ediciones Ávila, 2006); *Insomnios de la palabra* (ensayo, Casa Editora, 2007); *La isla inmersa* (novela, Editorial Capiro, 2007); *Violante* (narrativa para niños, Ediciones Sed de Belleza, 2007). En novela ha obtenido los premios nacionales: Ciudad del Ché

(2001); Fundación de la ciudad de Santa Clara (2006).

En poesía ha sido distinguido con los premios Regino Pedroso y Raúl Doblado (2005); y el Premio de Narrativa Joven Reina del Mar Editores. 2007. Es miembro de la Asociación de Jóvenes Escritores y Artistas de Cuba.

Textos suyos han aparecido en las revistas literarias cubanas Umbral, Videncia, Mantanzas, El Mar y la Montaña, La Gaceta de Cuba, La letra del escriba, El Caimán Barbudo, Ariel, entre otras de Argentina, México, Nicaragua y España.

Alvaro Ruiz Fernández
Chile

Poemas hallados en un tren

Poema de la gruta

Heme aquí en la gélida gruta
donde el sol es la puerta
que alumbra los primeros escalones
que descienden a este suelo de piedra
donde el primer hombre bendice al último
en la oscuridad que antecede a la luz.

Me alimento de filtraciones y musgos incoloros
y recorro el universo palpando los muros
que llevan a otras situaciones primeras
como el de la mujer deseando subir
los peldaños que llevan al horizonte
curvo de la vida y la recolección.

Yo he querido guarecerme abajo
grabando las primeras escenas del hombre
sobre las rocas de este altar
con tintes de sangre y sacrificios violentos
de hombres que alzaron el vaho
hacia el cielo de una noche sin astros.



De una noche en los oscuros bosques
donde los troncos del alma suben al cielo
mucho antes de que Prometeo nos diese el fuego
que iluminó los rostros y alejó las sombras
de nuestra auténtica superstición que era
un dios oculto y vengador.

Encendí antorchas en cada cueva
y en la original enfermedad de seguir a la mujer
subí a la pradera y depredeé a mi alrededor
de todos los metales fabriqué distintos cuchillos
los que utilicé en el degüello de animales
con cuyas pieles me cubrí.

Todo lo restante lo dice el entierro del pasado
voces de otros hombres que vieron el sol
que sumaron, adoraron y murieron
largándose en una barca aritméticamente abstracta
hacia el centro de la memoria
en un régimen axiomático gobernado por las dudas.

Que por antonomasia son exactas
ya que la regla elude la confirmación
y el universo que es trastorno continuo
alumbra indistintamente los dos hemisferios
en la idea de una deducción a la velocidad de la luz
ausente en los prados inmediatos del color.

Monterrey

Este es el Monterrey de los soles inmensos
agujas de fuego caen desde el cielo
traspasan al hombre de las veredas
en un mar de ondas calóricas
líneas tenues que reverberan desde el pavimento
y suben al cerebro distorsionando el paisaje
que son cerros metálicos o espejos desérticos

donde uno puede observar los hornos de una fundición
en una niebla de vapores que nada envidia a los infiernos
de ser traslación detenida
sobre el eje de la demencia que otorgan los grados.

El sol está en lo alto como un águila sobrevolando en círculos
gira sobre la ciudad y sobre las cabezas alucinadas
por fiebres ardientes de sol en las sienes
sienes que envían señales de fuego
al cerebro astro de dos hemisferios
en uno hierven recuerdos y en el otro se evapora el presente
y ambos síntomas los toma el sol para sí
ya cual dios insatisfecho
que propugna un calor que quema la tristeza
así sana al hombre y lo enloquece
con quimeras, espejismos y horizontes que no existen.

Entonces la realidad se revierte
se transforma en imaginaria
y la línea entre ambos conceptos desaparece
dame una sol para ceñirme una corona
dame ambas cervezas para aliviar la sed
de éste sol que es real
como el vuelo de aquellos barcos por el cielo
los caminantes bajo el sol hablan sucintamente
dicen a primeras verdad o mentira
¡qué importa!
las palabras tienen connotaciones inmediatas
no hay tiempo bajo el sol
las sombras nos esperan
no malgastemos los minutos
cuando las agujas de fuego caen desde el cielo
sin piedad sobre la piel quemada por los días
bajo el sol implacable de éste calendario detenido
horas después del mediodía.
en las noches sin luna aúllan los coyotes
porque el sol se ha marchado hasta de su espejo

no está en ninguna parte
entonces los coyotes lloran y lamentan
la ausencia del sol
y la hora de greenwich calla
cuando sólo se oye el viperino silbido
de las cascabeles arrastrando la infamia
de una noche sin luna.

Bajo las brasas del sol
transpiran los cuerpos de hombres y mujeres imantados
donde el salino y fosforescente sudor
despierta en ellos la lascivia salvaje de la copulación
se unen las lenguas y las salivas
como una planta que se abre bajo el sol
llena de secreciones y transparentes microcosmos
donde pequeños planetas danzan alrededor de otro sol.

Es así el sol de Monterrey
las agujas de fuego
atravesando las sienas de sus habitantes
afebradas realidades a orillas del río santa catarina
que más que agua muchas veces trajo sueños
en el paisaje del cactus y de la piedra
al norte, siempre al norte de la realidad.

Tehuantepec

Bajo los sones de los músicos
y sus instrumentos salvajes
de viento y golpes de percusión
un grupo de mujeres
con coloridas vestimentas y flores en sus cabezas
danzan en juchitán de zaragoza
geográfica cintura mesoamericana
en pleno istmo de tehuantepec
y la brisa que une a los océanos

Quedamente levanta sus vestidos
al compás cadencioso
de un ritmo en las caderas
con fulgor en los ojos
y blancos dientes perfectos.

La música, arrítmica, corta y divide el tiempo
en dos, en tres, en cuatro
bajo los sonos de los músicos
y sus instrumentos salvajes.

El árbol de la soledad crece en un paraje abandonado de la suerte de la fertilidad

Al poeta Jonás

Ahí está el árbol
no lo toquéis
ahí está el hombre
con ramas bajo el sol
y sombras que lo cruzan
como una cebra salvaje
que galopa perdida
hacia el horizonte de la infamia.
Mentiremos con los ojos cerrados
y en la oscuridad diremos
que en el cielo no había estrellas
ni hombres ni árboles en la tierra.

De “un hombre solo en una casa sola”.

A Jorge Teillier

No fuimos capaces de incendiar la casa
reducirla a cenizas
e irnos a los bosques
sin miedo

Tarareando viejas canciones irlandesas
como aquella del marinero borracho
shanties extraídos de viejos cancioneros celtas
por los caminos polvorientos del estío
por alamedas que llevaban a la plaza del pueblo
donde las muchachas pretendían tu corazón de alondra
ahora cubierto por un frío bolsillo depositario
de estampas y angelicales medallas protectoras
en un bar de la calle Nueva York.

Con la misma canción aquella en el oído
iqué vamos a hacer con el marinero borracho!
cruzando los brazos sobre la mesa de un otoño en la ventana
con toda la oblicuidad de la luz en el rostro.

Alvaro Ruiz Fernández. *Chile*

Ottawa, Canadá (1953).

LIBROS PUBLICADOS: *Dieciocho poemas*, Santiago, 1977. *A orillas del canal*, Santiago, 1982. *Es tu cielo azulado*, Santiago, 1989. *Casa de barro*, Santiago, 1991. *La virgen de los tajos*, Plaquette, editorial del Instituto Oaxaqueño de las Culturas. Oaxaca, México, 1995. *La virgen de los tajos*, versión completa, Mosquito Editores. Santiago, 2001. *Poemas del sol*, ediciones de la ilustre municipalidad de La Serena, 2007. *La calabaza del diablo*, Santiago, 2003. *Poesía chilena desclasificada*, Editorial Étnika, Santiago, 2006. *Poéticas de Chile*, Editorial Étnika, Santiago, 2007. *El*

lugar de la memoria, poetas y narradores de Chile, Editorial Ayún, Santiago, 2007.

ANTOLOGÍAS: *Nueva York 11*, poesía chilena, Editorial Galinost, Santiago, 1987. *Cartas al azar*, Ediciones Ergo Sum, Santiago, 1990. *Muestra de literatura chilena*, Congreso Internacional de Escritores "Juntémonos en Chile", SECH/PRED, Santiago, 1992. *Veinticinco años de poesía chilena*, Editorial Fondo de Cultura Económica, Santiago, 1996. *Viven*, periplo de los poetas de Chile, Ril Editores y Consejo Nacional del Libro y la Lectura, Santiago, 2002. *Vagabundos de la nada*, Editorial Caligrafía Azul.

Juan Alberto Rivera Gallego
Colombia

Aunque me pierda todo

Ardí con tu recuerdo

He estallado en pedazos por toda la ciudad para buscarte.

Muros

esquinas

calles

árboles

avenidas

parques

tejadlos

y ventanas

Nada ha quedado al azar, pero no te hallo en esta búsqueda; los pedazos no quieren regresar a esta piel, no me armo, la soledad clama que la búsqueda no sea infructuosa, que te halle aunque me pierda todo.

Un cuarto lánguido de alfombra vieja. Dos camas para un cuerpo solitario. Una mesa de noche que me habla desde la infinita soledad de su encierro. Tres espejos me observan desde costados que no me conocía. Mi maleta de sueños apagada y el frío enmarañado tejiendo su rutina en mi ser. Un cuarto lánguido de alfombra vieja aterrado por la fuerza de tu recuerdo

porque no estabas... y estabas. Así que para soportar esa noche de acero te guardé bajo mis ojos. La oscuridad que a esa hora llegaba a visitarme guardó silencio para una lágrima de hombre que calcinaba mi cicatriz de soledad. Ardí con tu recuerdo...

Voy a amarte esta noche, toda, en cada uno de sus pliegues oscuros, en sus sombras, en sus sonidos guturales, en cada sueño del mundo, en cada playa donde duerme el mar, en los ojos cerrados que iluminan fantasías, en los latidos del corazón que te habita, en la hojas que hablan con la noche, en los recuerdos que pacen en tus labios, en los pasos que a esta hora te recorren imaginaria en la urbe, en tu ropa que guarda el aroma de tu piel. Voy a amarte esta noche, toda, hasta que desaparezca en tus gemidos, en tus besos, en tus manos, hasta que hagas de mi un fantasma, un acorde, barro, canción, risa y destino.

Esta noche de estaño y amatista no halla el candil que reposa tu fuego para derretir el frío de tu ausencia. Parece que el aceite que lo alimenta salió a buscarte en la urbe helada y se perdió él mismo. Parece que la llama no encendió de tristeza. Parece que perdió su asa que lo ataba a estas manos. Parece que crujió su débil elemento de aluminio en su lucha contra la oscura presencia de tu lejanía. Esta noche de hierro frío te lleva a cuevas mientras la soledad sueña con el candil de tu presencia.

Se la llevó el domingo a las seis como si nada dejando esta urbe que me crece adentro solitaria y carcomida en su brevedad de apenas horas, y me desarma el alma la certeza de su lejano cuerpo en infinito. ¿Cómo ir por estas calles transeúnte deshojado y silente? Se la llevó como si nada, como si no perteneciera a nadie, a la fuerza arrancada de esta sangre. Queda la ciudad sin su sonrisa.

Juan Alberto Rivera Gallego. *Colombia*

Pereira, Risaralda, Colombia. Periodista y poeta, autor de cuatro libros de poesía: *Conversaciones con la soledad*, *Territorio de mi voz*, *Casa de fantasmas* e *Instantes*

en la urbe. Labora como editor general en El Diario del Otún, periódico de la ciudad de Pereira, desde hace 11 años.

María del Mar Estrella
Argentina

Hacia un país de lágrimas sin nombre

Coral

Pido valor, hermanos

Esta es la vida que nos duele tanto.
Este terrible tiempo de acribilladas rosas
donde el odio reduce la esperanza.

Las latitudes tiemblan y hay tifones de pólvora en el aire.

Esqueletos que giran al compás de los látigos
y botas que golpean las puertas de la carne.

Hay mundos que reclaman y hay mundos que deniegan
esclavos y verdugos... porque esta es la hora desigual
donde se deposita la miel rudimentaria.

Pido valor, hermanos.
pido que trabajemos lo que tal vez no vean nuestros ojos
pero sí los ojos de los hijos de los hijos...
porque en alguna sangre del después, estos sueños serán raíz
y fruto y oxígeno palpable de libertad recuperada.
con el canto de todos, en comunión reveladora.



Paisaje de sangre

¿Qué es un niño?

Siempre algo más que hambre
Algo más que unos glóbulos donados
Tan al pasar del goce y de la entrega.

Tendría que ser más que un proyecto
De ser lo que no fuimos y no menos que un ala
Abierta hacia el frescor de la mañana.
Un niño es un sagrado microcosmos
Creciendo entre los límites y el vuelo.

Un árbol empujando
Su vocación de ser en el paisaje.

Decir adiós

Recuérdame
como una ráfaga trastabillando en tu memoria
apenas resplandor incandescente.
Recuérdame canción deshabitada
y en pétalos de fuego
verás arder mi corazón de siempre.

María del Mar Estrella. Argentina

Docente, cantante y poeta de reconocimiento internacional. Ha publicado varios libros, entre ellos *Juglar*, 2005, declarado de interés nacional por el Consejo Delibe-

rante de Mar del Plata, Argentina. *Fuegos ceremoniales*, 2007. Segundo premio Fundación Argentina de Poesía.

Mario Sampaolesi
Argentina

El taller de Leonardo

El taller de Leonardo

Unos cuerpos atravesados por el fulgor de la perspectiva.
El paisaje con árboles y montañas detrás, desaparece entre la bruma.
En el cuadro, la calma constituye un aspecto de la claridad.
El secreto está en la línea: siempre fluye.
Ahora el espectador ocasional orienta su atención hacia otro sector del taller: la mirada ocupa un lugar de esclavitud.
Sobre una mesa, el frasco de vidrio de color morado contiene las lágrimas que derramó la Gioconda, las que derramó Leonardo.
También resplandecen restos de un banquete: trozos de carne desprendida a dentelladas: mordiscos sobre el aullido de las caricias, sobre la circunstancia veloz del sosiego.

Bocetos

El efecto de la luz sobre las plantas del jardín aumenta la impresión de cierta debilidad de la noche.
Los gusanos se comen unos a otros debajo del ciruelo.
Sentado frente a la ventana, Leonardo observa y dibuja.
Para él sólo hay verdad en la forma consumada.
El frasco de vidrio de color morado que perteneció a su madre ahora está junto a él, aunque permanece sin lágrimas ni flores: lo ocupan los reflejos cambiantes de sus manos cuando se mueven sobre la tela.
Una bandeja de metal contiene trozos de pan, una porción de carne en un plato gris, cubiertos, un vaso de vino, la certeza de la inutilidad del amor; agua.
El afán por obtener gramos de felicidad augura tiempos feroces.

La bañista

Un poco de espuma cubre las huellas de una bañista que, sola al atardecer, pasea.

Ella ve cómo se hunde en el mar el esplendor de otro cuerpo; su opacidad también yace bajo el agua.

Cuando emerja, la sombra habrá sido desprendida por el oleaje: a partir de ese instante formará parte del océano.

Fuera ya de su realidad será arrastrada por las mareas, contaminada por el plancton, atravesada por cardúmenes plateados.

Las olas agonizan contra la plana extensión de la playa.

Tal vez, arrojen el sentido oculto del cielo y recojan en la transitoria veleidad de su fuga, la posibilidad del arrepentimiento.

Quedan caparazones, objetos de plástico, la certeza de infligir a los otros un dolor, aguas vivas, el óxido de una caricia, restos de vacaciones sobre la arena.

Vista desde el dormitorio de Leonardo

El hombre de pie frente a la ventana ve cómo en el crepúsculo varía la trama de la luz: un chorrear sangrante lastima los muros de Florencia.

El frasco de vidrio de color morado con las lágrimas que derramaron él y la Gioconda ya no está en el taller: ocupa un lugar central en su dormitorio: sobre la cómoda, debajo del retrato.

Las lágrimas resisten allí, fuera de ese hombre que las conserva con el propósito de ser conmovido por una nueva calcinación.

Grumos de sombras percuten la escena como otra alternativa de destruir la realidad.

El impulso por tragar las partículas duras del beso, no alcanzó la condición oscura necesaria.

Gioconda

La mujer sentada frente a Leonardo recuerda las orillas ocre del Arno.

¿Acaso tuvo el presentimiento de su inmortalidad cuando el reflejo de su silueta fue una sombra ondeante sobre las aguas?

¿O habrá sido ante la propuesta de posar para el pequeño retrato cuando sintió que una piedra de ansia se materializaba en su corazón?

El hombre detrás del caballete fija la mirada en un punto vacío.

Sabe que el silencio en el cuadro depende de la estructura vertical de la composición.

El misterio no reside en el paisaje mental al fondo ni en el sensual reposo de las manos: actúa desde la invisibilidad de la pincelada.

El sol de la tarde carga con un tono dorado más alto la atmósfera del taller: sólo un canasto de mimbre lleno de ropa arrugada y sucia queda levemente oscurecido en un rincón.

Sobre un estante donde se amontonan tarros y pinceles, un lagrimal de vidrio de color morado aparece solitario y polvoriento.

Durante las primeras sesiones ella pensó que formaría parte de la pintura.

Pero después quedó olvidado allí: una mancha carmesí salpicada contra el muro.

Gioconda sueña con manos acariciando sus senos, con corredores florentinos donde ocurren violaciones, con la voz de él cuando susurra resta santa.

Y sonríe.

Playa

Las sombras de las nubes pasan sobre los arbustos reverdecidos por la lluvia.

Y el color de la arena mojada parece aplanar la ondulación de los médanos.

Pero son los brillos de los picotazos de las gaviotas sobre las olas, sobre la espuma movida del mar; los que sostienen una posibilidad de ternura en el paisaje.

Recibo todo esto junto con el agua que me empapa, junto con la cabecita del lobito marino que entra y sale del mar, que se hunde y flota allá lejos, detrás de la rompiente: su piel brillante absorbe un reflejo tardío de sol y es también una pregunta sin respuesta y una dádiva más de la vida.

Miro el agotamiento de este día, expuesto a los vaivenes de la lluvia, de la luz y del viento.

Expuesto otra vez, me digo, a la sorpresa y al milagro; al pequeño montículo de arena y al cangrejo que de improviso aparecen a mi lado.

Leonardo buye a Francia

Tres jinetes galopan hacia París.

Uno de ellos lleva asegurado contra su pecho un pequeño retrato: piensa en su vida en Florencia y esos recuerdos se mezclan con el retumbar de los cascos de los caballos.

La noche está estrellada y la luna descarga la resonancia de su luminosidad sobre el paisaje.

En la alforja, el manto con que una tarde posó Gioconda, protege al lagrimal de vidrio de color morado.

El olor de la tierra, las sombras oscilantes de la floresta que lo rodea, el viento, son las formas que ahora toma su vida ante él.

- Leonardo, Leonardo, murmura para sí:

¿en quién te has convertido?

Mario Sampaolesi. *Argentina*

Nació el 16 de junio de 1955, en Buenos Aires. Desde 1993 dirige la revista de poesía *Barataria*. Ha publicado los siguientes libros de poesía: *Cielo primitivo* (1981), Sociedad Argentina de Escritores. *La belleza de lo lejano* (1986), Editorial Amaru. *La lluvia sin sombra* (1992), Ediciones La Guillotina. *El honor es mío* (1992), Editorial Vinciguerra. *Puntos de colapso* (1999), Ediciones del Dock. *Miniaturas eróticas* (2003), Alción Editora. *A la hora del té* (2007), Barataria poesía. En novela: *La vida es perfecta* (2005), Alción Editora.

Ha traducido del francés el poema *El cementerio marino*, de Paul Valery (1998) Ediciones La Luna que, y *El monje loco está de regreso*, una selección de poemas de Ryokan (1993), Barataria.

Desde el 2003 dirige el Taller de Poesía de la Biblioteca Nacional.

Entre las distinciones más importantes con las cuales ha sido reconocida su obra, figuran: Primer premio Nuevas Promociones Literarias, Sociedad Argentina de Escritores (1981). Subsidio a la Creación Literaria, Fundación Antorchas (1991). Segundo Premio Fundación Inca (1994). Tercer Premio

Nacional Regional (1997). Segundo Premio Fondo Nacional de las Artes (1998). Beca Fondo Nacional de las Artes, 2001, categoría Creación, Poesía. Subsidio Fondo de las Artes de la Ciudad de Buenos Aires, años 2004 y 2006. Video poema: *La vida me es ajena*, Mario Sampaolesi, You Tube. Ha colaborado en numerosas publicaciones del país y del extranjero, tales como: Suplemento N, del diario Clarín, suplemento Cultural Diario La Nación; suplemento Radar, diario Página 12; suplemento Cultural Diario La Prensa; suplemento Cultural Diario Excelsior (México). Revistas: Último Reino, Crítica, Rizoma, Prometeo, Luna de Locos, Trilce, La Pecera, etc.

Entre otros, ha sido especialmente invitado a participar en los siguientes encuentros: II Festival Internacional de Poesía Prometeo, Madrid, España, 1987. III y IV Festival Internacional de Poesía de Rosario, Argentina, 1993-94. XII Festival Internacional de Poesía, Medellín, Colombia, 2002. XX Festival Internacional de Poesía Trois-Rivieres, Québec, Canadá, 2004; y III Festival Iberoamericano Carlos Pellicer Cámara, Villahermosa, Tabasco, México, 2007.

Déborah García Morales
Cuba

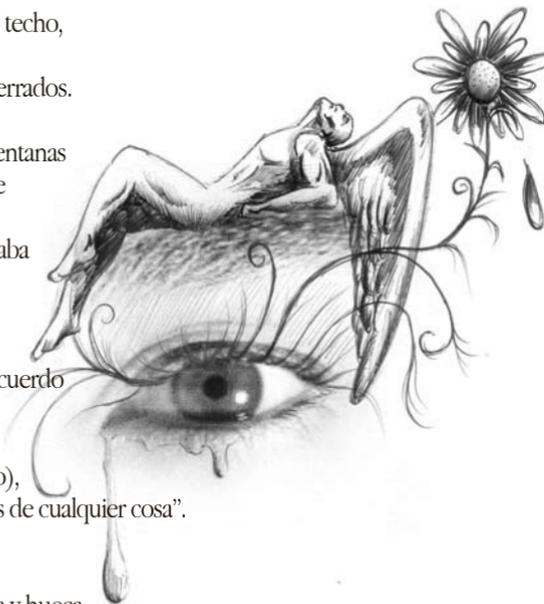
Como un oleaje

Acariciaba el agua los ojos del viajero

Qué cálido, muchacha, que estén en ti mis cosas.
Estuve, tú dormías, puse allí mi equipaje.
Hoy separé mis ojos de tu lugar de tablas
húmedas y la arena aquí está todavía.
Tú sales de la cama, muchacha, a medianoche
y te llevas el sueño muelle adentro
túnica que el salitre por las orillas besa.
Porque pasan la noche tus pies dentro del agua
y adormece sin puertas tu cabaña
qué dulce mi equipaje allí contigo
y el olor como a velas
prendido en las camisas que me traes ahora.
Por el vértigo suave de pedirte
—leve roce de alas al borde de mi boca—
de decirte muchacha, camina entre mis cosas,
pon un color al día que de tus manos venga,
de tu casa en los muelles
ver, muchacha salobre, cómo tersa tu vientre
la lúbrica distancia de la próxima noche
en que casi sabemos
que no volverás sola a dormir junto al agua.

Estoy bien, ya no quema

tu perfil retenido en las sombras del techo,
aquella línea exacta de tu rostro
que perseguía mis ojos, abiertos o cerrados.
Todo ha vuelto a moverse,
hay tardes otra vez cayendo en las ventanas
y blanco en el azul, y un viento suave
y transcurren las noches sin temer,
aquel maldito insomnio en que reinaba
el viaje de tu mano por mi espalda,
tu voz medio dormida
dibujando con luz las madrugadas.
Ya puedes regresar, ahora que no recuerdo
haber escrito en las piedras
(con el placer insistente de un niño,
con la energía feroz de un prisionero),
“tu mano, que debiera estar después de cualquier cosa”.
Ahora que ya no llegan noticias
de las regiones devastadas
por aquella ilusión, desmembrada ya y hueca
se podría decir que estoy a salvo,
que “fuera de peligro”
que “ya puedo irme a casa”
queda sólo atender esa secuela,
esa invasión brutal de soledad
que llega, urgente,
a reemplazarte.



Alguna vez haces que casi olvide

esa verdad que soy y estoy buscando;
que no vea el libreto, el público, las luces
esta falacia sobre el escenario.

Eres un mal licor que me sumerge
en personajes turbios y rabiosos;

inquietas y das paz, hieres y alivias
cual hechicero de cambiante rostro.

Pero no dejas sombras en mi frente,
te beso placentera y no dolida
y disfruto de ti lo disfrutable
porque tus dagas son únicamente
parte del escenario de mi vida,
tan sólo otro peldaño para hallarme.

Cuenta que allí amanecen dóciles criaturas

antes de la estampida,
antes de los quebrados tallos y el silencio.
Dice que para ella danza leve el nogal
que derribará luego la avalancha,
y que seduce, al alba, el olor de ese valle
que como hogar elije.
A los amigos el hechizo inquieta
pues donde habría huido permanece
y acaricia la mano de la fusta.
Confiesa que quizás únicamente
la hermosa faz de los atardeceres retiene allí sus pasos,
en aquella ciudad que no es ciudad
tras el paso furioso de las bestias,
tierra arrasada que una vez al menos
durante cada día reverdece.
Alguna vez intuyo su extraña vanidad
ser quien las furias vence
quien tenue lluvia aguarda cuando otros
partirían hacia los vientos húmedos;
vislumbro la celada de esa fe
—un poderío mayor que todos los ejércitos—
y me empeño en mostrarle escenas en que evoca,
derribada,

el engañoso canto que endulzó sus oídos,
el velo ante sus ojos
cuando en cada palabra pronunciada o escrita
entendíamos márchate
abandona esta tierra de corceles salvajes;
le hablo de una cólera que no admite amazona
pero entonces sonrío
me dice que en las tardes siente como un oleaje
y me cuenta que allí
dóciles criaturas amanecen...

De una playa arrasada por los vientos

sólo yo las arenas intocadas conservo,
son mías
las blandas esmeraldas bajo el muelle
y el andar silencioso de la luz bajo el agua
y el agua y el silencio y los maderos.
Poseo la memoria de una perdida playa
y el portal que acaricia la espalda de las olas
y el danzar de los botes hacia la madrugada
y la brisa salobre,
por qué insisto
en habitar este lugar pequeño y en penumbras
que me dejas en ti
aun bajo amenaza de ver mi desalojo
cualquier día.

Paulatino

Estamos practicando su distancia
se aleja un poco más de tarde en tarde
deambula largas horas
las orillas del río, los amigos, la noche.
Yo convengo a su ausencia en un rincón
acaricio el librero,

mis bocetos retoco.
Yo voy despacio regresando el tiempo
en que sólo la brisa me besaba
y en el salitre los deseos todos
y todos los placeres entre el agua.
Miro su espalda siempre que se aleja;
trato de adivinar, cuando me habla,
si acaso sabe que por estos días
estamos practicando su distancia.

Que no seas la luz

Que entibies el hogar, mas que el hogar no seas;
que seas el aroma, mas no el aire;
que me engarce en la danza tu donaire;
que ansiosa por danzar nunca me veas.

Que el modo en que me ves no sea el modo,
que mis versos no vayan tras tu verso,
que me plazcas mientras me place todo,
que no seas la luz, lo salobre y lo terso.

Que acuda apenas en visitas breves
a este claustro en que el alma me ha nacido
que el mundo exista igual cuando no llueves

Que pueda imaginar que ya te has ido
que dejando tu voz junto a mi oído
no me importe qué ocultes, qué mientas, qué te lleves.

Pie de foto

Yo no sé si otros días contigo se disuelvan
en otros y otros días, como el agua en el agua,
no sé si otras caricias perderán sus contornos
o pueda la memoria de mi piel dilatarse

para que no se pierdan tu mirada, tu beso.
Yo no sé ni siquiera si habrá un día siguiente
o despierte mañana en el revés del tiempo
perdida y con tu ausencia, desandando el recuerdo.
Pero si algo es seguro, definitivamente,
es que ese andar tus manos por la piel de mis hombros,
ese soltarse mi alma de mí para ir contigo,
ese golpe de sangre y el vértigo en tu boca
son ya uno de esos pocos sitios que uno recuerda
cuando empiezan los días a hundirse en el olvido.

Déborah García Morales. *Cuba*

Santa Clara, (1971)
Poeta, diseñadora y editora. Tiene publicado el poemario *En estado de sitio*, Ediciones Sed de Belleza, 2003. Aparece en las antologías *Los parques*, Ediciones Mecenas, 2002 y *Queredlas cual las hacéis*.

XXI Poetisas Cubanas del siglo XXI, Editora Abril, 2007.
Obtuvo el Premio Fundación de la Ciudad de Santa Clara, 2007, con el poemario *Sin ángeles tutelares*, que verá la luz en julio de 2008.

Humberto Jarrín
Colombia

Brevario de amor oscuro

Argumento contrario

Si los ojos y los espejos
alimentándose de una misma claridad
acusan en sus adentros
un haz de rayos invertidos
detrás de ellos
no puede haber más que oscuridad.

Sueño confundido

Había sembrado mis ojos
en el sueño
pero los confundió la muerte
entre sus semillas
—germinó silenciosa, oscura—
ahora despierto como muerto
y llevo mi sueño
hecho pesadilla.



Lo que ven los ojos del que va a morir

Mirándonos a nosotros mismos
en el espejo del río
nos observamos
con anterioridad y sorprendidos
desde nuestros profundos
y húmedos
ojos ahogados.

Hermanas

Una gota es hermana de otra gota,
hermana mayor el agua;
en medio de la corriente
alguien más las acompaña:

—fluida, callada, leve—
la hermana muerte.

Destinatario perdido

Va el muerto solo por las calles,
cómo informarle sin que se intimide
cómo decirle sin que se espante
que las paredes ya no son paredes
que los frentes de las casas no son lo que parecen,
y que los aleros no prometen ya ningún alivio
a quien expira sin aliento,

que bajo la luz de los faroles
la sombra que siempre tuvo
ya no tiene quién la arrastre
y que si cruza una ventana
no se podrá ver en sus cristales,

cómo decirle que a las puertas
les han cambiado de dirección
que no hay placas ni números
donde puedan arrimarse los correos,

que lleva en los bolsillos monedas falsas
y una cédula ya sin trámites,

que si nadie lo saluda
deje de suponer una componenda
o que todo mundo se volvió contra él,

que la simple verdad que busca
golpeándose como mosca entre los vidrios
chocándose contra un poste porque sí,
topándose contra cosas
que nunca antes estuvieron allí,
ha sido suspendida, dada de baja,

que no espere que alguien le confirme
su tragedia personal
que ante los demás es un suceso baladí
que no vale la pena,
como tampoco vale la pena
que ande como un alma en pena
por un sitio y un lugar
donde ya no hay nada por hacer
y del que tiene que partir.

Que dos silencios hacen una voz

Mis ojos oyen el grito
de tus ojos ausentes,
incendia la lámpara de mi voz
con tus llamados,
hasta los huesos están llenos de luz,

y sin embargo a su pesar
es oscuro
el proceder de los labios,
que no atinan a entrar en conjunción.

Dónde estás amigo que no te hallo,
hasta hace poco eras latido,
golpe de arma, golpe de rama,
árbol universal florido,
raíz y fruto unido a todos,
ahora disueltos y mudos sin tu voz.

Dame, dame quejas
desde esas dos habitaciones de la luna
en que seguro estás,
dame rayos a recibir,
dame ayes del ayer trunco,
tírame aguas de sal abiertas,
destellos con sabor a sangre,
señales de luz inversa por donde te pueda seguir;

están mis espejos vacíos,
secos,
y con los párpados abiertos a recibirlos,
tiéndeme un puente húmedo,
puro
en que también pueda rodar
y llegar al sitio del que no puedes salir
y salpicarte con algo de mi sangre aún con luz,
decir relámpagos
donde habría que decir palabras,
dolerme paralelo a tus huesos,
susurrar donde hay ayes
y hacer silencio oscuro
contigo a una sola voz.

El principio

I

Oscuro, eterno,
sombras de sombras precedidas,
el universo está sin soles,
ni una sola cicatriz de luz
atenta en la nada,
intenta una discreta fisura,
nada pulsa,
ninguna partícula se inflama,
nada ha hecho de su centro un eje,
nada gira en espirales,
sin grano no hay polvo,
sin polvo no hay nubes,
sin remolino no hay separaciones,
sin separaciones no hay cataratas,
la burbuja—que en el futuro llamaremos planeta—
que de la humanidad será cuna,
sexo, vientre y pecho
en un mismo cuerpo encerrado,
es proyecto apenas, atmósfera aún sin aire
de átomos naciente que irán disponiéndose
es un azul excitado,
recogiendo apenas su oxígeno disperso
que salta en hélices,
sueña con su capa
bajo la que ni un átomo
se agrupa aún con el afán de ser respiro,
sin agua está y sin abismos.

II

Oscuro abriéndose.
Y el pez aún no tachona su armadura
ni las mareas han hilado su brocha

con que arrojan lo que les sobra
y el tigre aún no se siente en las uñas
ni hay materia que volver a la sombra
y el árbol ni sube ni baja
pues no es memoria de semilla
ni sabe la savia lo que siembra en el aire

y no hay islas de lo que no se ha escindido
ni pájaros que en las plumas escriban
las rutas de las emigraciones,
no hay amaneceres, ¡albas!
porque no hay noches que sigan al día
y el viento no se desprende
de su boca original
a gritar ciclones,
ni el volcán de tibio fuego
sabe arar en el suelo
con sus trenzas de lava
y hallar menos en la tierra un vientre
y no están puestas las semillas
ni se atisban sus emisarios,
nada está por arrastrarse iniciando la curva
de las maldiciones, de las destrucciones,
nada está por ponerse erecto
—¿cuándo entonces, el fémur levantará su ebúrnea dureza?—,
estamos previos al espejismo,
estamos en el principio
y todavía no se oyen los rumores,
los anuncios de las grandes explosiones
que han de venir
con el sólo pronunciamiento de una voz.

Andamios de luz

Esos ojos,
tuyos,
en ti confinados,
tuyos,
de fiera milenaria
—animal de supervivencia—
tuyos,
atrapados en los andamios de la luz,
de colores profundos
a veces, otras
como atisbo de pez
asomado
al borde del agua,
al límite del oxígeno humano,
a la cotidiana temperatura,
tan tentadores tanto
para el arroyo,
para la ceguera súbita,
para la instantánea muerte
y la voluntad que sucumbe a su mirada.

Humberto Jarrín. *Colombia*

Nacido en Cali. Su obra, junto con la de otros escritores de su generación, ha contribuido a la consolidación de una identidad literaria de la ciudad.

Graduado en tecnología electrónica y en filosofía y letras, ha cursado igualmente estudios de física y de ingeniería eléctrica. Es magíster en Literaturas Latinoamericana y Colombiana de Univalle.

Actualmente, se desempeña como profesor tiempo completo en el Departamento de Lenguaje de la Universidad Autónoma de Occidente. Su obra, tanto en poesía como en cuento y teatro, ha merecido va-

rios premios y menciones, entre los que destacamos los siguientes:

Premios nacionales de literatura, Colcultura, Dramaturgia para niños, finalista, Bogotá, 1992. Premio Nacional de Libro de Cuentos para Niños, tercer lugar, Atlántico, 1995. Premio Nacional de Poesía Ciudad de Chiquinquirá, 1996. Premio de Poesía Jorge Isaacs en dos ocasiones, 1994 y 1996. En 1998 recibió el premio más importante de la literatura en Colombia, el Premio Nacional de Literatura del Ministerio de Cultura, en la modalidad de cuento.

Silvina Gabriela Sánchez
Argentina

Desde mis letras

Desde mis letras

Llego al final de mi camino
cuando te sorprendo con este libro entre las manos.
La hebra de palabras parida en mi cerebro
encuentra lecho en tu memoria,
sacude tu esencia,
dispara tu mente hacia mi cosmos.
Te alcanzan mi alma y mis sentidos,
son tuyos en este instante.

Y los incorporas a tu simple realidad,
a tu intrincada realidad
a tu realidad.
Tomas la bastedad de mis palabras
y las acomodas en el laberinto de tu vida.
Mis días son tus días
mis silencios, los tuyos.
Y ríes,
y lloras,
y te enamoras,
y odias,
con mi risa, con mis lágrimas, con mis amores, con mis rencores.



Volverás a descifrar el código de mis palabras.
Volverás a encontrar la llave que profana mis secretos...
O me olvidarás...
El tiempo es el verdugo
que amarillea la esperanza
de esta maraña de letras
de estas hojas
de este libro
que hoy comienzo a escribir.

El regreso

Garabatos... impronta de una niñez lejana,
en las paredes desnudas de la casa vacía.
Ecos que se agitan en la memoria de las risas perdidas, de los llantos ahogados,
de mil lágrimas que dejaron huella en las baldosas polvorientas; huellas viejas,
olvidadas.
Un patio que aromaba fresias, me dice, con voces de hierbas crecidas
a borbotones, que ya no estás.
La madre selva tomó la casa.
La casa vacía de niños, de amores, de besos... de vos, de mí, de aquellos...
Sólo me detengo para contemplar el pasado desde la vereda, asido a las rejas
de hierro que me herrumbran los puños y el corazón.
Y comienzo a habitarla de nuevo... a llenarla de recuerdos.

Búsqueda infinita

Miles de lustros buscando un ser
hasta que al fin, en el último minuto,
apareciste, hecho de la nada.
Fue sólo una palabra.
Sólo una mirada.
Sólo un suspiro...

Y tu alma echó raíces en mi cuerpo.
Y mi alma echó raíces en el tuyo.

Y fuimos un solo espíritu.
Bajo un mismo cielo de hedonismos
fuimos también un solo cuerpo.

Consumado el gran misterio de este amor
partimos uno al sur... el otro al norte
para volver a buscar... por miles de lustros...
un nuevo ser.

¿Y por qué no?

Volver a correr por el parque libremente,
sin pensar en los tiempos ni en el espacio.
Sentir que la brisa me abraza sin horarios para el corazón,
que una palmada me anima a seguir adelante
sin intereses ni contratos.
Sentir que tu mirada es inocente, como la mía ahora
que los recuerdos ya no son recuerdos,
que es presente intacto, mío...
que las formas se desprenden
y vuelven a un infinito no tan interminable,
porque se agolpan en tu cuerpecito
puro, etéreo, claro, niño...
Sentir que no somos tantos como parece,
ni tan pocos para estar tan solos.
Sentirte a mi lado, amigo, compañero: cuerpo, alma, corazón y mente.
Volver a tener miedo a lo desconocido.
Sentir cómo fluye por mi cuerpo el coraje,
la aventura, el deseo de explorar lo nuevo.
Volver a reír, a llorar, pero con la sinceridad como estandarte.
Jugar con las normas de este mundo frío...
Tenerte por un minuto en frente mío, a vos, a mí,
a mi ser querido, profundo, absurdo, alocado, fresco, osado.
Llenarme de vos para gritarte, para proclamarte.
Exhibirte ante mí como ayer, como cuando los dos éramos niños.
Pero yo crecí..

Perfumarme nuevamente con los aromas de la niñez...
Una vez más, a los treinta y pico, cuarenta ¿o son cincuenta ya?
Por siempre...
¿Y por qué no?

Silvina Gabriela Sánchez. *Argentina*

Nació el 28 de abril de 1971, en Santa Fe, es bachiller con orientación docente, técnico en computación y animadora a la lectura. Trabaja en la Biblioteca Popular Juan Bautista Alberdi, de Laguna Paiva. Se ha presentado en los concursos literarios, primero en mi ciudad, en el Certamen Literario Luciano Riquelme Atienza donde obtuvo importantes premios y menciones. Ha participado en importantes concursos

nacionales e internacionales. Algunas de sus obras han sido incluidos en antologías internacionales de escritores de países de habla hispana por la editorial Centro Poético de Madrid.

Pertenece al Ci.Es.Pa. (Círculo de Escritores Paivenses), publica regularmente sus obras en la revista *Tiempos*, que edita. Ha realizado un intenso trabajo de compromiso social y de animación.

Frank Vaicel Castel González
Cuba

La fe

La patria esperaba a la patria que viniera
a salvarla de su abismo.

Raúl Hernández Novás

Puerto padre, días de insomnio

Odio los días sin morir.
Lejos de la página soy un paseante que pierde la fortuna.
Es la ciudad, me digo,
es el ritmo
o el trazo en la pared vacía.
Van las preguntas,
las horas de un futuro.
Van como una ola mientras recuerdo este lugar.
A veces me asusto del monstruo que me habita.



Fotografías, postales y un país

Navegantes de lejanas tierras,
¿quién ha dicho que mi patria es solamente el milagro?
¿Quién asegura el otro sueño,
la razón más pura que me guía?
Las tardes reconfortan cuando deambulo
y nadie me pregunta por el porvenir.
Ustedes no entienden,
nunca entienden
porque han salido a buscar el aire limpio de un país minúsculo.
Qué les importa el parque donde no existe Dios,
ni el mendigo debajo del almendro.
Tampoco entienden los poemas
o las imágenes que sus cámaras desnudan.
Qué pueden saber de este país,
paraíso de una foto vacía y eterna.

El precio

Nunca veré las calles por donde Vallejo tatuaba su dolor
y su mirada de semidiós caído.
Entiendo mi culpa,
debí arrancar mis sueños,
quemar los golpes,
las profecías,
los poemas.
Quizás podría conocer a Buenos Aires
y no a Borges,
caminar descalzo Penny Lane sin los Beatles,
o fabricar poemas
y firmar México D.F. primavera de dos mil y tantos.
Créanme, los viajes son la mano que nunca estrecharé.

La página vacía

Solo frente al muro hundiéndome como un barco ciego.
Solo frente a la página vacía
sin otro exilio que me salve.
Solo frente a Dios...solo.

5 p.m.

Me falta la razón para llegar a cualquier sitio,
la música,
el secreto de la libertad
y un poema que me haga imprescindible.
Me falta el niño que fui,
la sombra para ser eterno como Borges,
el gozo de vivir lejos de las premoniciones.
Me faltan los amigos,
las manos,
la fuente donde beber
y no arrojar los sueños.
Tantas cosas me faltan hoy.

Inventario

El recogedor de basura pasa frente a mí
sin conocer mi último poema.
Sólo recuerda las hojas de un tiempo próspero.
Maldice al buque que se detiene en la esquina donde escribo.
No añora otro lugar,
ni busca el aire de morir.
Yo le aplaudo su mudez cuando arroja esos residuos
como quien lanza su futuro a la marea.

El ciego

Veo raíces,
palabras a mi alrededor.

Peces náufragos que no recuerdan.
Veó el cielo,
la realidad de quien asume otro rumbo.
Veó luces,
líneas,
máscaras,
mujeres desnudas,
perros llamándome cobarde.
Veó la noche,
su intensidad,
el odio y la estrechez.
Veó tanto que la náusea y yo nos confundimos

El espejo

País,
qué triste el rostro de quien muere en el alma
y no sabrá si Dios le perdona tanta irreverencia.
Qué triste el himno del paria
y su estrechez.
Sueño, país,
y por soñar
estoy más preso que un verdugo.
Sueño las aves que no existen,
el pasto milagroso
y el rocío.
¿Adónde iré sin tu ventana,
nube quejumbrosa,
pequeña isla del dolor a la intemperie?
Aunque me arrastren,
cuando escribo soy la inmensidad,
el viento y el amor,
la sílaba final de la batalla.
País,
qué triste ver la huella de la fe
y no vivirla.

Breve discurso del solo

Nadie me espera con la palabra,
excepto la pared.
Con una calle al interior
dibujo noches en mi cuaderno
y vacilo.
Siempre hay un puente dividiendo milagros
y ensoñaciones.
Siempre.
La palabra es desfile de máscaras,
minucias del porvenir,
ahora nocivo como un beso.
Nadie me espera,
aunque al final no es importante
y ese mundo es un papel para regalos
sin navidad.
A veces quisiera atravesar la pared
y borrar las huellas con el olvido
y la soledad.
Pero es difícil.
Los muertos no se van
porque mis ojos lloran por el salto que no dí

y por el corazón sin fortuna de mi madre.
¿Qué es la felicidad?
¿Dónde vive?

Sentado con mis fantasmas un sábado vacío

Bienaventurado el que sueña con Madrid
o Buenos Aires y los cuerda por el graffiti
y la canción humilde.
Es un capricho viajar y no volver tras las cenizas
o la nostalgia de un amor.
Sólo y herido por el tiempo
es imposible creer la vieja historia,

la falsa intimidad del desayuno.
Bienaventurado el que se asfixia en un bar
y escupe su dolor por no escupirle el rostro a quien lo engaña.
Bienaventurado el que soporta el último cuento
y escribe para no matar.
Bienaventurado el que se muere
y sólo lleva en su equipaje el mundo
y la verdad: su verdad.

Sueños

Tengo la fe y la razón,
suficientes maneras de construir mi libertad.

Cuba

Dame el silencio
que es amanecer sin más patria que uno mismo.
La fe de andar y preferir las calles sucias,
las noches,
el vértigo.
Dame el amor de alas,
no este simulacro.
Dame una razón para creer en tus ojos.

Frank Vaicel Castel González. *Cuba*

Las Tunas, Cuba, 1976. Poeta, narrador y dramaturgo. Director de televisión. Tiene publicados los libros *Corazón de Barco* (poesía, Ed. Letras Cubanas, 2006); *Confesiones a la eternidad* (poesía, Ed. Sanlope, 2002) y *El suave ruido de las sombras* (poesía, Ed. Sanlope, 2000). Ha recibido premios y menciones en diferentes concursos nacionales e internacionales. Textos suyos aparecen en las antologías: *La Estrella de*

Cuba, inventario de una expedición (Editorial Letras Cubanas, 2004). *La Estrella de Cuba, inventario de una expedición* (Monte Ávila Editores, Venezuela, 2006). *Los parques* (Reina del Mar Editores, Mecenas, Cienfuegos, 2001). *Cuerpo sobre cuerpo, sobre cuerpo* (Editorial Letras Cubanas, 2000) y *Antología Cósmica de la Poesía Cubana*, tomo II (Frente de afirmación hispanista A.C, México, 2002).

Francisco Hilario Saavedra Barrios
Paraguay

De los que se han ido pero siguen presentes

De los que se han ido pero siguen presentes

Sobre el pedestal temblando
de rojos atardeceres.
Se avista la mirada que busca
y se agrietan los sueños
¿Será el destino, será la aurora?
O el silencio que sucumbe y cae
y tiñe de olvidos que no llegan.
No sé si la mañana se hizo lágrimas
de rocíos que lamen mi lengua.
Hoy mis ojos avistan lejanías.
Hoy todo se hace carne.
Aún los diminutos segundos
que blasfeman misericordias.
Ponme un clavel blanco a mis alas
y perfuma el recuerdo que trae.
Y cuando te hagas presente,
desde el vacío.
Dame el abrazo que nunca diste.



Sé de mis recuerdos...
Esa luz que persiste y alumbra.

La respuesta

Siempre estás donde la aurora
y alumbra con rayos de ternura.
Recorres los días del silencio,
y regresas al principio... Cuando llegas
al final
siempre estás.

Cerca o lejos no importa
sólo la loca osadía de enamorarse,
hasta los ángeles expanden sus alas
y regresas al principio cuando llegas...
al final
siempre estás.

Hasta los sueños que no soñamos
cuando contando los rayos de la luna
descubres el manto negro del rostro
y regresas al principio cuando llegas...
al final
siempre estás.

Donde la aurora revive cada día
tan cerca de los dedos blancos
y te escurres hacia la nada, eterna
y regresas al principio cuando llegas
al final
siempre estas.

Analogía (poema)

Quebrada la historia eterna, circular
que recorre el destino con rodeos
desquebranta la aurora aún boreal
la jubilosa ansiedad de mis anhelos.

Mi sangre corre cual bravío río
en un caudal interno, furioso, violento
palpita al corazón tan vivo
y siento que soy torrente, luz de rayo...
Y no existe el miedo.
Soy del horizonte donde nace el día,
ese primer rayo de sol reluciente.
Del mar soy la ola que encrespa en la roca
y el sonido errante del viento en el cielo.
Soy el misterioso secreto infinito
de todas las ciencias, de todos los tiempos,
la razón inquieta que surge en silencio
dándole la forma al homo sapiens místico.
Soy esa callada frase, que profunda,
nace en el cerebro, personaje inquieto,
y aunque la palabra con toda su magia
no le ha dado forma, materia en el viento,
y cuando lo haga, como nace un sueño,
con luz renovada parirá otro cambio.
Y soy la esperanza, el esfuerzo mismo
voluntad que afirma el dulce reencuentro.
Soy un abrazo de ese tibio amigo
y el beso que falta para salvar al mundo.
En fin, hoy soy lo que nunca he sido
soy yo con mi cuerpo, mi corazón,
mi fin, mi principio.
en otras palabras...Hoy me siento vivo.

Regalo (poema)

Desde el cielo remonta, una estrella
tímida luz que en la aurora nace y muere
se hace grande y brilla solitaria con la luna
sobre el páramo de inciertas lejanías

Es tan solo una luz que despierta el vasto cielo
una lejana canción de errante, armonía
que entibia la frialdad de la noche fulgurosa
y mi alma gozosa baila en su cadencia

Y la única razón que impera en el momento
es saber que existe una estrella y este cielo
y la luna con su rostro melancólico
da las gracias con un rayo misterioso

No, no es la estrella ni es este cielo que remonta
no es la luna, ni la gracia de esta imagen silenciosa
la que expande el corazón que late y grita
y en su grito yace el cielo, errante y mágico.

Y la miro...
y la tomo..
y se me ocurre darle nombre
y la llamo, esperanza que alimenta
la adorno con luces de mis ojos y la hago bella
y la sedo empapada de sonrisas

Pero pienso, y esto no me alcanza...
la bautizo como a un niño que clama por un nombre
y la llamo amor de aquel que no quiere más tristeza
y te la sedo, te regalo la única luz que hay en mi aurora
para que hagas con ella lo que tu quieras..

Poema doloroso

A mi hermano que lucha por la vida contra viento y marea

Cúbranme los ojos, que no quiero verlo
Duerman mis sentidos con cinco amapolas
Apaguen los cielos de estrella fugaces
y dígame a todos que mi alma ha muerto.

Es que la osadía de estar tan despierto
congoja mi pecho que sigue entreabierto
y galopan latidos con ritmo de ciegos
en las latitudes donde el sol adormece.
Cambien llanuras por suelos resecos.
Que callen las aves su canto de cielo.
Que nada sea hermoso, que mueran las flores.
No quiere canciones prefiero silencios
Es que las rosas ya no perfuman
y la historia triste se hace en el pecho.
Cúbranme la boca con todos los vientos
dolor que florece y se hace estiércol.
Hoy guardo en mi cielo nubarrones negros
y no quiero luces, solo sombras y miedo.
Les pido que callen los sabios consejos
que la nada pura abarque mis sueños.
Hoy no quiero alas, quiero pies de hierro
es que este dolor hizo en mi su lecho.
Cúbranme los ojos que no quiero verlo
Que las flores muertas cubran mi pecho
hoy siento que pierdo razones de miedo,
y quiero que sepulten conmigo mis sueños
y por cierto hoy todo es negro muy negro,
hasta las amapolas perdieron su secreto.
Y todo esto por qué?
Porque la vida, la historia, y todo me dicen
con palabras sordas que podrías marcharte
y contigo se marcharían no solo tu vida
sino también la vida mía... y yo muero
por eso cúbranme los ojos... que no quiero verlo

Poema

Se desgarrar, se desgarrar
el corazón late penas
con un sordo grito se ahoga

y se desgarran.
Se desangra, se desangra
la carne abierta se derrama
sobre el filo de la soledad.
No, no grites, no hay furia
sólo el deceso de un momento.
Thanatos, amor de lo oscuro
amante de las noches tormentosas
mecés en tus manos huesudas y blancas
mi cabeza cansada y somnolienta.
Se desgarran en silencio se desgarran
cada sueño que nunca llegó a buen puerto.
¿Y si apoyo mi cabeza en tus faldas?
que no están y nunca estuvieron.
Quizás por fin sienta descansos, en el silencio
que abre de soledades eternas
quizás por fin tenga algún sentido
el abandono del que todo yace.
Es negro el amanecer de mis inviernos
es fría la caricia que no llega.
No hay amor, solo silencio.
Y un corazón, lleno de angustia ... espera
Y mientras espera se marchita.
Thanatos amor de nada tristes
toma mi corazón y devóralo
hasta que no quede más que un recuerdo..
Y ni siquiera eso.

Francisco Hilario Saavedra Barrios. *Paraguay*

Nacido en Paraguay, el 21 de octubre de 1963, toma la nacionalidad argentina. Participante y ganador de premios y menciones en importantes concursos literarios.

Alfredo León Barcelo
Cuba

Postales del naufragio

A Francisco y Roselía, mis padres.

A Midiala y William, por la sangre compartida.

Cuando comprendió que se le iba la vida, se encerró conmigo en nuestro cuarto del patio, para estar juntas hasta el final. Lentamente, para no apresurar la muerte, se lavó con agua y jabón para desprenderse del olor a almizcle que comenzaba a molestarla, peinó su larga trenza, se vistió con una enagua blanca que había cosido en las horas de la siesta y se acostó en el mismo jergón donde me concibió con un indio envenenado. Aunque no entendí en ese momento el significado de aquella ceremonia, la observé con tanta atención, que aún recuerdo cada uno de sus gestos.

Isabel Allende

voy a cantar a los pájaros blancos
en las aguas
azules del cielo
a las nubes
que son
como la espuma al mar.

Ezra Pound



El apocalipsis según un cuadro de Modigliani

cerca del ruido indefinible de este pincel
que ahora repite los trazos sobre la sombra de madame Zborowska
duerme una hija.

duerme sobre unos anillos que la noche engendra
cada nueve noches continuas
una hija o un alma desafiando aquellos gritos que hace el pincel
tan cercanamente duros
porque la noche engendra la nieve
y la nieve los anillos
que brillan por los pasillos
de la luna
tengo nueve cortinas de pasos breves de pasos evaporados
rompo mi grito cansado por su larga puñalada
doy un centavo a la nada que lo devuelve embrumado
de tanto miedo porque una vez más el pincel
fue el rostro inconcluso de la muerte
y el lienzo tiene su olor dentro del sueño
señora de adoquines con su cansancio a cuestras
el lienzo tiene un aire de papel que muere al descubierto
y daña los ojos antiguo aire del apocalipsis
que pierde los dedos junto a la entrada del paraíso

una vez más la hija desdobló el espacio entre la cruz y la espada
buscó los antiguos sellos
sostenida de pie en medio del trono
y de los cuatro vivientes y de los ancianos
un cordero como degollado tenía siete cuernos y siete ojos
que son los siete espíritus de dios enviados a toda la tierra
y se acercó y tomó el libro
de la mano derecha del que está sentado en el trono
cuando lo tomó los cuatro vivientes
y los veinticuatro ancianos se postraron delante del cordero
porque la señora muerte se impacienta y madame Zborowska

queda intranquila sobre los mármoles blanquísimos
la hija es una sombra
una historia real al término de estos días ocultos
bajo otro aire y otro lienzo donde el pincel no muera
la hija dentro de una ciudad distinta
que silva al viento su más triste quejido

la hija duerme en el sueño de un instante
es un vaso triste solo en una mesa vacía
donde Modigliani explica que busca a dios en cada escondrijo
porque amada sea la misericordia
en todos los recuerdos del polvo
más que el ruido indefinible la hija es un sueño
y su sangre es piedra que se muestra
iluminada
sus manos quedan quebradas
buscándole trozos de hiedras

ya la vida le salta como un ábaco
donde los números son cuerpos en su más humilde resonancia
porque yo se que de noche su sangre es piedra
yo rompiendo en dos sus luces
yo me acerco a viejas cruces tan antiguas sus heridas
tan desoladas
perdidas piedras-manos para que uses como una tabla
en la más oscura tormenta cuando clamas por dios
y en medio del silencio dices: escuché de esa voz su sentencia
era la inminencia de un decir no dicho
de un no-decible que se dicta cuando todo muere y solo queda el pasto
tan parecido a la última resonancia de este pincel torpe

inadaptada la hija porque tomó el libro y abrió sus sellos
porque he sido degollado
ahora que en mi cuarto la nieve hace sus gritos más oscuros
sus danzan recuerdan aquellas cantatas antiguas como la fiesta del odio
debe existir un sitio donde los colores formen un arcoiris

que haga temblar los recodos más íntimos de la muerte.

Dando gritos hasta morir de frío

un lugar pegado al suelo casi sin aire falso

gris y seco

tengo en este cuarto

no puedo sentir lo que se acerca silenciosamente a través de las puertas

comienza la noche mía en el dolor del sueño

no amanece dentro del agua un huerto de flores

tampoco cerca de la fuente el agua es clara

porque el invierno ha llegado temprano al jardín

pero no me preocupo yo miro como el mundo rompe sus espejos

un lugar árido

una coordenada desconocida algo que no le sirve al alba ni a la luz

que ahora forma colores sosegados

un lugar dentro de la carne y la sangre

dentro de este pan los juramentos

ah señor los juramentos

perdonamos señor la gloria y el camino aunque nadie estuvo en el puerto

regalando pañuelos

dando gritos hasta morir de frío

ahora el puerto queda silenciado por la nostalgia y la tristeza

que nace siempre cuando el llanto desarregla los espejos

y no sabemos perdonar

porque el perdón es la suerte de los dioses

que no odian a los pecadores que se martirizan implorando

por un lugar desconocido

adonde no llegan las migajas de este pan horrible

pan sin el peso adecuado

pan hecho con las cruces de la muerte

porque la ciudad sabe que va a morir

la cercan sus mármoles corroídos y el sueño del agua

la cercan los silencios que golpean a los hombres

que saben que van a morir en este invierno

dando gritos está mi sueño
dando gritos que algún día serán escuchados más allá de los portones y azoteas
pero cuando vuelva contaré los ladrillos camino a casa
daré de comer a los ratones que ahora veo morir tristemente
afuera existe un cielo muy blanco muy áspero cielo debajo de las sombras
de esta noche durísima.

Nuestro dolor es demasiado grande ahora

yo he querido ver el rostro que delimita mi sombra
el rostro del agua
ahora que todos ya se han ido con sus cánticos a devorar lo poco
que ha dejado la nada en su huída

mis fantasmas reposan intranquilos en la calle
ahora el viento golpea las banderas
que se aferran a los sueños de ser granito
o mármol
de ser héroe o un simple pianista lleno de humo
mis fantasmas preguntan por el silencio que ahora existe
los árboles moribundos consuelan al fuego
el humo salta desaparece el verdor del verano
mis fantasmas modelan sus últimos trajes
sus rostros dibujan la mueca del reloj

todo se evapora
hasta las azoteas llega el fuego
es triste el camino dentro del reloj porque yo he querido ver
que límites existen entre mi sombra y las nubes
entre la muerte y este muro que ahora se llena
de hierbas oscuras y antiguas
pero la lluvia puede purificarlo todo
aunque la muerte siga ahí
agazapada muerte

lejano rumor del miedo
todo se evapora en las altísimas tribunas donde el odio se da la mano
con este cuerpo carcomido lleno de hormigas está
donde antes vivió el espejo con sus extraños ecos
mortificando a los peces que desovan sus huevos
en la escarpada costa
el mar es enemigo
sus olas rompen la vela
ya las redes están puestas algo caerá este invierno
algo que nos llene el estómago
libranos del hambre oh madre
los delfines mueren acosados por mis fantasmas que han dejado de hablar
con su lenguaje extraño
algo caerá madre mía mi mujer frente al fuego y el árbol
que muere lentamente

mi mujer sabe de memoria los caminos de la llanura
cambió su lámpara por dos panes desconocidos
amargos panes sobre un plato lleno de cruces
sabe que los demonios me visitan cada sábado al atardecer
encuentro en ellos todo mi esplendor
crucificando aquellas mariposas ya muertas por el polvo

los demonios danzan alrededor de la mesa
una transparente sopa los espera
todo es augurio de mala suerte porque los relojes descubren sus enigmas
y puedo nombrarme río hasta la medianoche
encuentran el escudo que agoniza
con su estrella bocabajo porque nuestro dolor es demasiado grande
nada escapa en este instante donde la memoria no puede pedir perdón
en el pañuelo doloroso de la angustia

la angustia es el consuelo de los que faltan a la mesa familiar
dentro del pecho tienen sus más enamorados sueños
sus más felices recados
pero los demonios conocen el río que soy
ahora que la medianoche me espera palpando aquellos tonos del olvido

encuentro siempre a los pecadores y militares
a pesar de todo
no romperé mi vela aunque la barca transite entre rocas filosas
yo también quiero ver a dios
su rostro transparente me hace descender al sueño
no romperé mi vela
ya los naufragos han vuelto cargados de baratijas
porque nadie será condenado
cualquiera puede venir a la fiesta para crucificar a las pobres mariposas.

Yo he conocido el odio y la podredumbre

el rostro se balancea sobre la cuerda
es tonta mi locura
apenas un agujero y su corazón se desarmó en pedazos
la maleta rota rotos los zapatos
los gorriones comían sumergidos en el más absoluto mutismo

yo he conocido el odio y la podredumbre
apenas un agujero
tendido el corazón sobre el asfalto
porque volvieron los verdugos a mutilar su cuerpo
hachas afiladas cortaron sus venas
mucho sangre en mi vaso
frente a la virgen que lloraba

apenas un agujero y la oscuridad alcanzó la calma
frente al camino que ha domado mis pasos

afuera canta la muerte
lejano a ella mi cuerpo frágil rozó sus labios
espero encontrarme a salvo
donde estoy no llegan las mordidas del odio

a veces la muerte mira hacia los lados
frente a ella el espejo se puede romper en muchos pedazos enormes
dónde aparecerá el camino más oscuro

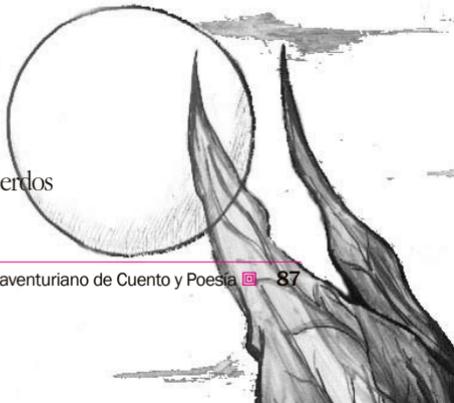
Amelia Arellano
Argentina

Lete

Ha vuelto, ay ha vuelto
El río de la noche /el mismo/ que creía que jamás vendría /
Ha vuelto
Las remembranzas / se han convertido en piedras.
Todos los pájaros han comido /semillas / amapolas de olvido.
También Ellos están / sus pasos /escuchan en las noches.
Se alojan en cuevas color sepia.
En cauces /subterráneos /vigentes /actuales.
Separan la vigilia del sueño

Cualquiera es la figura, el fondo siempre el mismo: la tristeza

Y aquí estoy, sola /como la vez primera.
Llegan con máscaras/camufladas /olvido
En bandadas /como gaviotas / o langostas de roca.
Han vuelto todos. Todos han vuelto ay /y yo sin casa.
Ya no queda queso /ni vino / ni pan.
No hay fuego prendido/ ni agua hirviendo.
Tampoco queda el niño
Otro / niño/ angelical
Malévolo / Pupilas sangrientas
Ojos con cataratas negras/ ciegan la luz / recuerdos



Cualquiera es la figura, el fondo siempre el mismo: la tristeza.

Picasso, Dalí, Apollinaire, Rimbaud, o Bodelaire.
Mujer remando/ río del olvido / la llevó la corriente,
Jano / rostro fulgorosamente hermoso
Arpia / rostro contraído / ríe /grotescamente
El beso ha llegado, el beso/apasionadamente /beso.
Ojos / entrecerrados/piernas abiertas/ macho de tigre siberiano
La lengua inquieta/mira / con ojos quietos
Safo /llega también / desde los acantilados del deseo.
El mar se aleja, mareas de pasión, huecos de ausencia.

Cualquiera es la figura, el fondo siempre el mismo: la tristeza

Aquellos añorados /ay / deseados / tan deseados / nunca vienen
Los adversos /temidos/no deseados / picotean
Buitres /acechan / otros buitres
Mariposas / negras.
Se alojan en el vientre /aletean /sordamente en el pecho.
Se adhieren a las fosas nasales
Larvados, inmortales los reznos / rigidizan los músculos.
Vuelos truncados.
Dejan un absurdo deseo. Interruptus.
Cuando llega la noche de la rosa
La pasión es el cáliz y el néctar es la boca.
Lanzallamas Azul. Gruta subterránea
Llanto / rabia /amaneceres negros
Andrómeda ya no espera a Perseo.

Cualquiera es la figura, el fondo siempre el mismo: la tristeza.

Desde el fondo de los cenagales.
Excrementos / mocos pensamientos / flotan en la mugre.
Se reproducen / rata gris de cloaca
Obsesiones / rabiosas/bubones infectados.
Nudos gordianos/apretados

Cola de serpiente /Metástasis.
La señal de la Cruz y un garrote.
La sangre ensucia las alfombras de la tarde.
Los vestidos se pierden, se extravían, igual que los zapatos.
Hay que subir la cuesta.

Cualquier es la figura, el fondo siempre el mismo: la tristeza,

No. No. Pase de mí el veneno de la flor perpetua.
Pavoroso ardid que no termina nunca:
La figura es el fondo y el fondo es la figura
Otras veces, las más, fondo y figura son una misma cosa.
Los corderos bajan la cabeza y el tigre arremete con sus zarpas.
La tristeza flota, el río del olvido no da pausa
Todos han vuelto ay y no hay lugar.
No queda espacio en la piedra hambrienta.
El eco se desbarranca, colgada queda su negra cabellera.
Oscila en la horca de la luna.
Otra vez sin preguntas / otra vez sin respuestas.

Cualquier es la figura, el fondo siempre el mismo: la tristeza,

Nunca se irán /para eso han vuelto.
Descienden por mis piernas Amordazan el ruido / ciegan la boca.
Las uñas se levantan y las manos tiemblan.
Ya no hay lugar / me digo / ay ya no hay lugar.
El alivio es una espada fálica / parte mi inocencia en dos.
He comprendido /ya no se irán aunque se vayan.
Son parte de la piel y de los huesos /potestad absurda de mis sueños.

Amelia Arellano. *Argentina*

Nació y vive en San Luis, Argentina. Es psicóloga clínica y psicóloga social. Docente en la Escuela de Psicología Social. Socia fundadora del Movimiento Artístico y Cultural "Poetas del Exilio".

Ha recibido premios nacionales e internacionales en los géneros narrativa y poesía. Ha editado narrativa, cuentos para niños, poesía, ensayos e investigaciones sobre temas históricos.

Cuento



Marcelina Gracia Moreno

Cuba

Restos

El dolor de la herida sube a zancadas por los puntos de seguridad. Hace tiempo que el vientre es una barrera entre sus ojos y el orgullo de macho. Ahora la inflamación y esta pose de impedido también cierran la mano que tiene que inventar vericuetos para tocar:

La carne muerta le desmaya los dedos. Se retuerce. Los suspiros, al otro lado, burlan las maderas y le magullan las viejas ganas. Recuerda la primera vez... Fue la chiva de padrino. Ella y yo quietos, callados, debajo del algarrobo...

Hace más de dos años que vive de ese ruido en la sala. Pero esta noche es diferente. Hay algo que suena cuando el canapé se mueve más rápido... El multimueble, Dios mío, el multimueble! Las fotos de Edelmira y Rafaelito!... Ay, Edelmira, tenías que morirte. Lo esperaste casi dos años. Diecisiete botellas de ron habías guardado en el closet, ahí, donde siguen sus libros... El jeep frente al portal... Desde que lo ví, sabía que era el pésame... No pudiste aguantarlo, mi vieja... Van a tumbar las fotos, se mueven sin compasión y gimen como si no hubiera nadie en este mundo. Esa es ella. Es una potrancota hambrienta. Ahora lo vuelve loco y luego se recoge con esa carita mansa de polluelo perdido para que no se adelante la cosa...

¡Caramba, Rafa! ¡Qué fuiste a hacer a esos mundos de mierda? Me volviste la vida un hueco... Se me pusieron los güevos en la garganta cuando se bajó aquel oficial. Una cosa en el pecho me dolía más que esto que me arranca las entrañas y pobre Edelmira, la mataste...

¿Hasta cuándo estará ese canapé moviéndose?... Seguro que ella ha pedido estar arriba. Se convierte en una amazona. Eléctrica parece; con los pelos revueltos y esos ojos de fiera no hay macho que aguante...

Dije que la traía por el niño, por lástima, pero que va, Rafa ¡Qué clase de mujer!, una hembra joven... y la traje. Entonces, el chiquillo era una virutita. Tenía que volver pá Oriente porque ya se hacía chica la casa de la hermana, le

entré por ahí, dándole algo pa'l muchacho; no le alcanzaba lo que cogía como empleada de la limpieza... Eso que le está haciendo a él, me lo hacía a mí, yo un caballo y me daba por las nalgas y más y más... Van a joder el multimueble...

Le dije que no se fuera, que me sobraba techo... Parecía aturdida cuando llegó y el muchachito flaco y malcriao... Pero to esto empezó a oler distinto... Y el vejigo encariñoao conmigo que todavía me dice abuelo... Tú no sabes que falta le hace a un hombre quitarse la amargura, y mira, ¿si no fuera por ella, ¿quien se hubiera ocupado de cuidarme? Una operación tras la otra, abre y cierra y estos dolores como si las avispas me picaran allá dentro. Primero, que si el colon, luego el hígado y las heridas que no sanan... Casi es la hora de inyectarme. Si se apuraran... Rabia es lo que tengo, duele, duele mucho, Rafa...

Ella necesita media noche. El no puede aunque está fuerte y joven, pero ella no es hembra de entra y sal, hay que dejarla llena ... Oye, El está a punto... jaj, lo sabía, como si fuera un juego, ella se aparta...

¿Qué iba a hacer? Fue sincera; me dijo, viejo yo te quiero mucho, pero estoy enamorada y él es de Buey Arriba, voy a tener que irme. No, Rafa, yo no iba a perder otra vez a la mujer y al muchacho y le dije que se trajera al marido. Es un hombre noble y trabajado y la monta por mí hace dos años, ahí, en el canapé de la sala. ¿Todavía creerá que soy un tío? Se chupan los dientes como si la puerta fuera de bronce... así, así, así ... Me duele. Mátame, Dios mío, o ayúdalos a terminar a ver si me inyectan!

Lo traje a él también, Rafa. Los vecinos han hablado barbaridades de mí, que si cabrón, si viejo descarao, verde; pero... ¡ayyyy, Rafa!... Ufffff!!!! Ella ha sido buena y el hijo, como mío. Cuando viene de la beca se desvive porque me sienta bien, me trae cositas de comer que tengo prohibidas y me las da sin que la madre lo vea, es cariñoso, ahora que se queden con la casa. ¿Qué mierda es una casa sin gente? ...Ayyyy, Dios mío. Que me pongan la morfina... Ya están terminando. Si, ella se pone así para terminar, Rafa... Apúrense que me revienta el corazón... La morfina ...La morfina...

Marcelina Gracia Moreno. *Cuba*

Instructora de Arte y Literatura. Trabaja con jóvenes no hispanohablantes. Ganadora del premio Pluma de Cristal, narrativa, C.

Habana, Cuba, 2002. Ganadora del concurso Cuento Corto, municipio Playa, C. Habana, Cuba, 2004.

Humberto Jarrín
Colombia

Catarsis del Minotauro

Pero si se lo dije, vecina, ni como amenaza ni como advertencia: sólo para que se informara de una verdad que se supone conoce todo el mundo, así que qué secreto o cosa escondida podía tener, nada que no fuera *vox populi*. Ah, y pa' que vea, antes de que las malas lenguas, con tanto oráculo como han puesto en servicio últimamente, le llegaran con el chisme Si no me escuchó allá él, pero que se lo dije, se lo dije: que igual que el estómago, tenía el corazón con cuatro cavidades, cada una para amores distintos, y él nunca lo aceptó. Y usted misma lo vio, fue testiga, vecina, de cuando ciego y puyado por los celos y presa de la ira salió, fíjese no más cómo casi se la lleva por delante con esa testuz adornada cuando entraba usted por esta misma puerta de este mismo reclil del que partió, todo fúrico y bramando, y se abrió paso a campo traviesa a rumiar sus maldiciones. ¡Y véalo!, no, pues, muy bonito, aprovechó la rabieta que ni mandada a hacer para largarse, el muy muérgano.

Fue, entonces, cuando empezaron a llegarme los primeros correveidile: dizque por ahí lo han visto en corridas de plaza en plaza, embistiendo lance en ristre contra cuanto trapo carmín se le aparezca y se le parezca a la sangre que entre los ojos rabiosos lleva, azuzado por los coros de los oportunistas de siempre que sólo les gusta ver los toros desde las barreras, tan cómodos.

Pero los más intrigantes se empeñan en difundir en corrillos y en cualquier plaza pública (como el tal Teseo ese) que mi ex, haciéndose pasar por un rumiante ermitaño se ha amangualado con un déspota cretino o cretense —ay vecina, con tanto chismorreó una ya ni sabe ni qué creer ni qué decir—, como que para ayudarle a cobrar algunos tributos que le deben, y que el tal rey, cómo le parece, dizque hasta oficina y todo le ha mandado a hacer: un ostentoso laberinto donde recibe jovencitas semidesnudas, el muy, ¡uy, no!, es que se me cuaja la leche y se me retuerce el cuajo con sólo imaginármelo, pero deje no más que cuando me lo encuentre... ¡Ay, vecina, es que cuando los machos se

van envejeciendo o son puyados en su ego, hasta degenerados se vuelven; no fue sino decirle lo que le dije y mírelo en qué está, viejo verde!

Pero como le venía diciendo, vecina, al muy descarado dizque de cuando en cuando le da por los desenfrenos más escandalosos, si ahora mismo está, me dicen, en una de esas vagabunderías, recibiendo en su antro complicado, carne joven, ¡de a siete!, ¡y de muchachas y muchachos indistintamente! ¡Tan promiscuo, el muy...! Bah, pero yo sé que lo está haciendo sólo para irritarme, para provocarme envidia y para que más tardesito las lenguas viperinas, que nunca faltan, serpentinosas, como esas que carga en su cabeza la Medusa odiosa, vengan a contármelo. Pues yo no sé, y ojalá esto que le digo, vecina, también llegue a los oídos de él, y no es que yo quiera ahora venir a picármelas de pitonisa o cosa parecida, pero con esa manera de comportarse no sacaré nada bueno; ya va a ver que uno de estos días uno de esos mismos jóvenes con los que se rejunta terminará por confundirlo en su propio laberinto de aberraciones, lo enfrentará y lo matará, ¡y al cuerno!, ¡a otra Ariadna con ese hilo de sangre por el que se le irá la vida y esa rabia ya infectada! Ay, vecina, ¡con tantas maldades y enfermedades de transmisión como hay hoy en el mundo sueltas!, ¡inian se sabe!, porque lo que sí sé es que lo que hace —con esas valentonerías y arrecheras que se gastaba él?, ¡ay, miija!—, lo hace azuzado por el despecho y por ese afán de desquite y de enconada venganza y nada más, ay vecina, ay vecina...

Humberto Jarín. *Colombia*

Poeta, narrador, dramaturgo, ensayista, profesor. Nacido en Cali. Su obra, junto con la de otros escritores de su generación, ha contribuido a la consolidación de una identidad literaria de la ciudad.

Graduado en Tecnología Electrónica y en Filosofía y Letras. Estudios de Física y de Ingeniería Eléctrica. Magíster en Literaturas Latinoamericana y Colombiana de Univalle. Profesor tiempo completo en el Departamento de Lenguaje, Universidad Autónoma de Occidente. Su obra, tanto en poesía como en cuento y teatro ha merecido varios premios y menciones, entre los que destacamos los siguientes: Premio nacional de literatura, Colcultura, Dramaturgia para Niños, finalista, Bogotá, 1992. Premio Nacional de Libro de Cuentos para

Niños, tercer lugar, Atlántico, 1995. Premio Nacional de Poesía Ciudad de Chiquinquirá, 1996. Premio de Poesía Jorge Isaacs, en dos ocasiones, 1994 y 1996. En 1998 recibió el premio Nacional de Literatura del Ministerio de Cultura, en la modalidad de cuento.

Su más reciente producción consta de dos libros en géneros distintos. El primero, es la obra titulada *Péndulo de sangre*, publicada por la Universidad del Valle. El segundo está dedicado a los niños, se trata del libro ilustrado a todo color *Non plus ultra velocísimo*.

El más importante festival de poesía que actualmente hay en el mundo, el Festival Internacional de Poesía de Medellín, de la Revista Prometeo, lo seleccionó como invitado especial.

Marvelis Marrero Fleites
Cuba

Preceptos



Tres palabras

Va a matarme. Dijo que iba a matarme y tiró la puerta con todas sus fuerzas. Me dejó el cuello ardiendo. Esta vez me apretó más de lo acostumbrado. Sus dedos se clavaron en mi piel y fue entonces cuando lo dijo; te mato, puta, yo sí te mato. Por un momento pensé que era el final y hundí mis uñas en su cara. Me empujó contra la meseta y repitió las palabras que tanto le gustan; te mato, puta. Su saliva se impregnó en mi cara propagando el olor a alcohol y a muerte. Empecé a llorar, ya no podía hacerle resistencia y bajé los brazos. Cuando mis ojos comenzaban a nublarse me soltó. Tosí par de veces, traté de respirar y me desplomé poco a poco contra la pared hasta sentarme en el piso.

Algo de verdad había en su frase, pensé. Nunca la dijo con tanta ira. Lo supe cuando me miró segundos antes del portazo. En sus ojos el brillo se intensificó y pude predecir el odio que resopló sobre mí. Va a matarme, esta vez lo dijo como sentencia, lo sé. No valdrá la pena esperar a que vuelva y se acueste a mi lado, soportar sus ronquidos como tren a media madrugada, sus disculpas en la mañana, las súplicas y el llanto. Esas promesas que siempre hace y olvida con dos tragos de ron. No sé cuánto demore, si me alcance el tiempo para recoger los trapos que tengo y largarme. Aunque no sé si quiero irme, a veces llega el momento en que te cansas de las amenazas y prefieres los hechos.

Va a volver, más borracho tal vez, arrastrándose sobre los muebles. Quizás ni alcance a verme después de tanto alcohol. Sería perfecto, pienso, entonces se llevaría la sorpresa. Sentiría el líquido caer sobre él, pero apenas tendría fuerza

para moverse. No podrá evitarlo. Cuando esté cubierto me alejaré con el galón dejando un hilo de gasolina sobre el piso. Después encenderé el fósforo y las llamas seguirán el hilo hasta su cuerpo. Lo veré arder en silencio. Algún movimiento denotará su reacción ante el fuego. Abrirá los ojos a toda órbita e intentará decir algo, pero no podrá articular palabras, ni siquiera esas que tanto repite.

Permanezco tirada en el piso, me palpo el cuello que aún duele mientras los dedos tiemblan y con ellos las manos y los brazos. Suspiro y me seco las lágrimas. Me levanto y voy al cuarto de desahogo. Enciendo la luz. Tras las botellas apiladas en una esquina, está el galón. Sacudo la telaraña y lo alcanzo. No lo destapo, apenas lo muevo y el sonido del combustible, deleita mis oídos. Regreso a la cocina. Busco los fósforos, pero no los encuentro. Me cago en él y en la madre que lo parió. Me tiro en el piso y empiezo a llorar otra vez, unos minutos y mi cabeza revienta. Pienso en la fosforera y la recuerdo en algún lugar del cuarto.

Me pongo de pie y recojo el galón. Entro y cierro la puerta por si vuelve. Reviso las gavetas una por una, no está, no creo que el muy cabrón se la haya llevado también. Siento ganas de gritar, pero me contengo y es cuando por fin la diviso encima del escaparate. Sonrío y la guardo en mi bolsillo. Miro el reloj, es cerca de las doce de la noche, en cualquier momento regresaré.

Ha pasado una hora y aún no llega. Mis ojos de tanto seguir las manecillas giran sin parar, mientras que el sueño comienza a rondarlos. Con un pie acerco el galón hacia la cama. Corro la sábana y me recuesto. Las escenas se repiten una y otra vez, hasta convertirse en flachazos que poco a poco se disuelven.

No escucho la puerta al abrirse, ni sus pasos tambaleándose por el pasillo, ni su respiración sobre mí. Sólo siento el líquido que se derrama y me cubre. Creo que lo sueño y no le doy importancia, pero el frío me envuelve y comienzo a temblar. Entonces, el olor a gasolina penetra hasta mis pulmones. Abro los ojos y lo veo parado frente a mí, con los fósforos en la mano. Te mato, puta, dice y sonrío.

Usanza

Se detuvo frente a la cama y escuchó el cigarro contra el cenicero. La observó durante unos minutos y se desnudó. Pensó que estaba dormida. Esa era la

intención. Se contuvo al meterse bajo las sábanas. Ella pasó una pierna sobre su muslo y la mano descansó en su sexo. Descubrió que no estaba dormida y comenzó su actuación. Cuando se contrajo por primera vez le mordió el labio inferior. En la segunda fue más agitada su respiración. Hubo una tercera y su cuerpo se relajó sobre el de ella, en un desfallecimiento total. Como siempre, dijo que la amaba y se viró hacia el otro lado.

Preceptos de ocasión

Cálmate. Si quieres lograrlo sólo tienes que poner de tu parte. Si él quiere bailar, baila, si quiere quitarte la ropa de a poco, déjalo. Igual, si se te va encima y te desnuda de un tirón. Permítele que haga lo que quiera, que te empuje a la cama y meta su boca entre tus piernas. Siente como su saliva cocina tu piel, como toda tú empiezas a hervir. Aguanta lo más que puedas. Cuando creas que estás a punto cierra los ojos, no lo mires. Presiona su cabeza entre tus muslos, no lo mires. Tiembla, gime, grita si quieres mientras él se harta de tus líquidos, pero no lo mires. No respire su olor de hombre sin rostro, no palpés su espalda, ni su pecho plano. Soporta que se suba encima de ti, que te penetre y eyacule sus ganas, pero no digas ese nombre que llevas dentro. Por favor, no lo mires.



Marvelis Marrero Fleites. *Cuba*

Santa Clara. Cuba. 1981. Diseñadora gráfica y narradora. Ha obtenido premios en diferentes encuentros debates de talleres literarios. Cuentos suyos han aparecido en la revista *Umbral* y en la publicación Gua-

mo. Es egresada del Centro Nacional de Formación Literaria Onelio Jorge Cardoso y miembro de la Asociación de Jóvenes Artistas Cubanos Hermanos Saíz.

Amparo Ramírez Vásquez
Colombia

El que desandaba la tierra

El hombre coleccionaba pájaros de un rojo intenso, que según él, llegaban del cielo en noches de luna llena. El hombre que danzaba sin miedo frente a un nudo de serpientes, evitaba mirar a los ojos de quien le hablaba. Este hombre vino a contarme historias de meteoros que llegarían a iluminar la tierra, a llevarme de la mano a conocer el mar; a desmembrar caracoles, a sacarle las entrañas a los cangrejos ciegos que vivían entre los andamios de la casas de madera.

Este hombre me enseñó a observar, a preferir estar en silencio. Me enseñó a desear la muerte, él me dio su propia muerte, me enseñó a ser mío el horror. Acurrucado al sol aún me mira, y su mirada es aquel cielo vacío, aquellos pies hundidos en esa lluvia espesa que cae sobre la mujer hermosa que aún sonrío, como la primera llama aguzando en la oscuridad de la casa el resplandor de sus dientes. Por primera vez el reloj de arena tiene el calor de su sangre, sus obstinaciones, el convencimiento de que un día morirá, y él sabe que como todos los mortales, será llorado y olvidado; terrible costumbre la de los hombres, olvidar lo que un día amaron.

No puedo jactarme de haber saciado mi desdén y mis guerras, ese limo caprichoso de los inviernos, ese prodigio de escribir, esa abstinencia que me va des-

pojando de ese juego misterioso que es el amor. Es la hora de la incertidumbre, de la rebelión del mundo, y sigo siendo quien lo espera todo, sé quien adula o miente, sé del asco, lo he soñado en la obstinación, cuando retorno a mis huesos, cuando la noche cumple en mí la interminable jornada del hastío. En el bosque un pájaro antes de morir me regala sus hilos, alguien es quemado vivo. Yo me cuido de las estacas que se erizan detrás de mi cabeza, y trato de soportar las otras acechanzas, por eso voy hacia la colina a mirar el cielo, a observar el giro de los astros, a descifrar el chillido de los murciélagos en la alta noche, a exorcizar la emboscada de los hombres.

Hoy he cazado leones y búfalos y jabalíes, y he tocado la diana. Todavía imagino que el miedo me devora, todavía espero encontrar las huellas perdidas, ese primer abecedario que fue el silencio, aquel que me enseñó que podía ser audaz y al mismo tiempo indiferente a esa voz que habla en mí, que podía guardar mi virtud y también sentir el aletazo del mundo en mis ojos impuros. Y van llegando los hechiceros ha predecirme que moriré un anochecer lleno de brumas, que serán los excesos de la cólera los que se devoraran mi alma. Así, empiezo a conocer mi condición de ser el héroe y el rufián de la otra fábula, por esa razón nunca duermo, y no confío, permanezco en mi locura, sólo bebo agua de mi tazón de oro.

El hombre que me llevó a conocer dónde hacían sus nidos los alcatraces, era mi padre, el de las aldabas en las puertas y la fiebre sin límites. Aún lo recuerdo enterrando nueces en la arena. Recuerdo como el mar arrastraba las nueces confundidas con el estiércol fresco de los perros, que a la hora del alba copulaban entre los esteros de aquella isla. Lo recuerdo en su alegría sin fin, esa que sólo le proporcionaba mirar el mar, hundirse como un niño en sus labios donde crecía el callado acento de los peces, el solitario mar, inundando sus rodillas de aquella brea hirviente que llegaba de los barcos. Mi padre; el de los ojos como flechas, el de los abalorios, el que desanclaba la tierra con su bastón de oro. Lo recuerdo implacable, con su soledad a cuestas, afilando sus cuchillos allí donde crecían las calabazas, y la noche era aciaga, y los animales del bosque se escondían debajo de los árboles.

Un olor a mariposas crece en los valles de la luna, mientras mi padre sueña con mujeres alabastrinas, con esa ronda de niños en los pasillos de la casa. Todas las noches lo veo en su mundo imaginario, ofreciendo monedas de oro

a los vagabundos, y la muerte perfumando la lluvia que ya nadie oye, y los gatos durmiendo su asfixia en los corredores vacíos.



Amparo Ramírez Vásquez. *Colombia*

Nació en Santiago de Cali. Fundadora y presidenta de la Fundación de Poetas Vallecaucanos. Publicaciones: *Silente evocación* (poemas), *Los gritos de las columnas* (poemas), *Sudores cobrizos* (poemas), *Poemas para danzar entre el fuego*, *Verbum-poetas*

colombianos (ensayos), *Revelaciones del silencio* (poemas), *Memoria de la nada* (poemas). Escribe poesía, cuento y ensayo. Diferentes premios nacionales e internacionales ha recibido su escritura y su labor cultural en el país.

Fernando Alarcón Alarcón
Colombia

El Decreto

El dictador prohibió, entonces, por decreto los desastres naturales, en el segundo artículo aseguró la libertad de expresión siempre y cuando no se hiciera mención pública o privada a desigualdades y matanzas. El auditorio aplaudió y gritó eufóricamente, los micrófonos, las cámaras fotográficas y de televisión registraron el hecho difundiéndolo en forma inmediata. Al final, todos salieron a cobrar sus cheques. El dictador suspiró feliz porque estaba convencido de que había logrado una alquimia que por fin ponía de acuerdo a las hermanas alienación y enajenación, las cuales salieron del acto protocolario directo al parque de diversiones con todo pago, la única restricción que les fue impuesta, para no limitar sus derechos de movilización, consistió en que no podían entrar a la casa del horror.

Fernando Alarcón Alarcón. *Colombia*

Bogotá, Colombia. Abogado y escritor por afición.

Harold Ruiz Paz
Colombia

La tradición

Mientras un hombre golpea a una mujer, se acerca un forastero y pregunta:

—Señor. ¿Por qué la maltrata?

—No sé... es la tradición.

—En este país, ¿es tradición maltratar a las mujeres sin razón?

—Sí, puedes maltratar a tu esposa cuando lo desees. Si tú no sabes por qué, ella sí— responde el hombre convencido de lo que dice.

—Así es, señor. ¡Por favor!, no se meta en lo que no le importa. El tiene derecho a pegarme— dice la mujer.

—Pues en mi país es un deber defender a las mujeres si están siendo maltratadas.

—Señor, por favor, siga su camino. No se preocupe por mí, evítese problemas— decreta la mujer.

—No puedo permanecer indiferente ante una tradición irracional— añade el forastero.

La pareja de esposos se mira entre sí y cada uno saca una daga y apuñala al forastero. Mientras este se desangra el esposo dice:

—En este país la tradición permite matar a quien se entrometa en una riña conyugal.

Mientras el moribundo clava su mirada en los ojos de la mujer, ella da un giro inesperado y entierra la daga en el pecho del esposo, quien, antes de caer muerto, la mira, intenta asirla y murmura:

—¿Por qué?

—Deshazte de tu esposo, tú sabes por qué y él... también. Un nuevo capítulo para la tradición— dice la mujer y pone el puñal en la mano del forastero. Cuando ella se marcha, su vestido de seda ondea al paso de la brisa, las ramas de un árbol reseco cuarteán el espejo lunar, los grillos tratan de armonizar su chirrido con el rumor del río y al fondo titilan las luces de varias casuchas. El forastero intenta sonreír; regurgita sangre y muere.

Harold Ruiz Paz. *Colombia*

Cali, Colombia. Psicólogo, egresado de la Universidad del Valle. Ha publicado varios libros y recibido importantes premios y reconocimientos por su obra creadora a través de lenguaje de la literatura.

Francisco José Vidal
Colombia

Segundo movimiento

El indescifrable tono de voz del anuncio emitido por el altavoz indicaba que el avión pronto partiría entre ruidos y reverberaciones propias del aeropuerto de aquella ciudad. Como por un acto reflejo se llevó la mano al bolsillo y sacó un papel doblado en donde decía: “Rue de Montmartre 44-Paris”. Volvió a doblarlo y pensó en todo el tiempo que faltaba para llegar a su destino final. Finalmente, lo introdujo en el bolsillo interior del saco, donde sigilosamente guardaba su pasaporte, el tiquete de avión y algunos euros. De pronto se quedó mirando fijamente a un hombre que estaba asomado por el balcón que daba al vacío de la gran sala de espera del aeropuerto y quien desde hacía algún rato lo observaba. Sigilosamente agachó la parte superior de su cuerpo para atarse el cordón del zapato derecho. De un momento a otro se levantó y observó en la misma dirección, pero el hombre ya no estaba. Sintió, en-

tonces, que alguien le tocaba la espalda y al voltear se llevó una gran sorpresa. Era aquel individuo.

—Tome esto— le dijo, estirando su mano en la cual sostenía un pequeño sobre de color azul claro. —Esto es para Regis. No olvide que al llegar tiene que decir que va de parte del “Grand Pere”. —Creo que usted me está confundiendo— dijo entre sorprendido y aterrado mientras dejaba caer el sobre al suelo. En medio de ese eterno instante de confusión, agachó para recogerlo y al reincorporarse el hombre ya no estaba. En ese momento se dio cuenta de que el sobre no estaba sellado, así que decidió observar su contenido. Al asomarse por entre las delgadas hojas de papel plegado, se dio cuenta que tenía una pequeña tarjeta de memoria para una cámara de fotografía digital y un papel con el siguiente texto: “Rue de Montmartre 44”. De inmediato sacó el papel del bolsillo de su saco y lo comparó. Era la misma dirección. Asustado levantó la cabeza, y empezó a observar hacia todas direcciones tratando de encontrar a aquel extraño personaje, sin obtener ningún resultado. —Señora, vio usted al hombre que estaba parado justo aquí hace apenas un minuto?— Le preguntó a una mujer que estaba sentada a su lado, ella lo observó con displicencia, levantó su ceja izquierda y haciendo un gesto de desaprobación se volteó hacia otro lado. En ese momento se escuchó por el altavoz “llamado para abordar el vuelo 345 con destino a París”. No había más tiempo para dudar así que tomó el sobre y lo metió en el bolsillo de su saco de terciopelo azul, junto con sus otros documentos. Una vez en emigración olvidó parcialmente lo sucedido y siguió hacia la sala de espera; estando allí se sentó y abrió de nuevo el sobre que contenía la tarjeta de memoria, la observó detenidamente al igual que su vecino de asiento que le preguntó por su cámara y capacidad —Nikon, 15 gigas— responde —¿debe tener toda su vida allí, verdad? —si— contesta —acuértese, “Rue Montmartre 44”— le dice el hombre y se marcha en dirección al baño. Él, sorprendido, guarda rápidamente el sobre y parte tras el extraño. Al voltear por el corredor que conduce a la entrada del baño se percató de que el hombre ya no está. De pronto ve una luz que lo ilumina todo y vienen a su cabeza miles de recuerdos, uno tras otro, como lluvia de imágenes congeladas que caen lentamente tras una ventana sellada por el cristal de un acuario azul gigante. Decide, entonces, volver a la sala de espera y sentarse, recuperar la calma y continuar aguardando el vuelo. Luego de abordar el avión se siente un poco

más tranquilo. Recuerda una tras otras las notas que tiene que interpretar en su concierto y las palabras que dirá en el conversatorio acerca de Lutoslawski en “La Cité de la Musique” en París. Para él no era nada extraño tener pensamientos y sensaciones fuera de lo común. Siempre que tocaba el piano asociaba cada nota con un color y así pues, por medio de su combinación, iba creando acordes de acuerdo a tonalidades, los cuales terminaban por convertirse en la base de sus paisajes poli-cromáticos, polifónicos, cargados de vida y de auto simbolismo musical. Esta era una forma de componer que había aprendido mucho tiempo atrás, mucho tiempo antes de que su maestro enfermara en pleno concierto y tuviera que ser llevado de urgencia a una clínica de reposo. —No hay más remedio que seguir— pensaba siempre. En esta oportunidad, su agenda estaba perfectamente planeada; llegar al hotel, registrarse, descansar y al otro día empezar su gira de conversatorios y conciertos por París, Copenhague, Hamburgo y por último Austria. En París, debía detenerse en casa de un antiguo discípulo suyo quien amablemente ofrecería una comida en su honor; esa era la dirección que tenía en su bolsillo y que ahora le recordaban aquellos misteriosos personajes. Luego de unas 10 horas de vuelo llegó a París, en medio de un intenso invierno. Por supuesto el Charles de Gaulle estaba adecuadamente climatizado, así que no le importó. Una vez se encontró en la salida del aeropuerto se topó con un hombre de gran bigote, quien sostenía un aviso con su nombre. Sin dudarlo un segundo se dirigió hacia él como siempre lo había hecho en sus anteriores viajes. Después de haber estrechado su mano izquierda, se monta al carro y juntos parten hacia el hotel ubicado sobre “Les Champs Elysees”. —Hace frío— dijo —No tanto como hace un par de semanas— respondió el hombre. Sentado dentro del carro veía caer la nieve, veía su danza con el viento e imaginaba como todas esas partículas de agua congelada componían una sinfonía aleatoria y perfectamente armónica a la vez, con la misma raíz cromática, el mismo tono, pero en ritmos diferentes y trayectorias que variaban de acuerdo al viento, matizadas con el color del atardecer, un poco gris, un poco azul, tal vez demasiado blanco. Lo visualizaba como un gran acuario que contenía sus recuerdos en forma de tiempo y forma, como los movimientos de una pieza musical. —El acuario del tiempo— pensó. Ese gran acuario que muchas veces lo hacía confundir y disolver, al mismo tiempo, la realidad con la proyección de sus temores en colores, en formas de personas

que lo perseguían a donde quiera que fuera; como una enfermedad transmitida a partir de las notas, a partir de compositores como Satie o Preisner, o como su maestro quien ahora yacía internado en aquella clínica de reposo. Al viajar un rato por París se dio cuenta de que el chofer no iba al hotel, simplemente se dirigía a la “Rue Montmartre 44”, donde lo esperaba un equipo de especialistas con quienes había acordado investigar por su propia salud ese extraño caso que algunas veces genera psicosis en genios artistas que dedican su vida a recrear la cotidianidad, convirtiéndose en perfectos instrumentos de resonancia, en diapasones que adsorben y vibran con los tonos, las melodías, los colores, los recuerdos y los olvidos.



Francisco José Vidal. *Colombia*

Arquitecto, egresado de la Universidad de San Buenaventura Cali. Pintor, fotógrafo y escritor por placer y goce creativo.

Santiago Pereira Campos
Uruguay

Los silencios del sonido

Un molesto zumbido en los oídos desgasta sus pasos mientras sube los tres pisos por escalera que llevan al cuarto. Debiera mudarse de pensión. Ese maldito susurro lo pone inquieto, desconcertado, desasosegado. ¿Qué es ese ruido?

Las estrellas titilantes no son. Ni la barba descuidada que crece mudamente. Tampoco el caracol húmedo que con su desmesurada carga se desliza imperceptible por la baranda del balcón. Ni el libro aparentemente dormido en la vieja biblioteca de cedro. Menos aún el tiempo que pasa en puntas de pie sobre la soledad de la noche. Ni la planta raquítica del rincón, única sobreviviente de la desidia. No pueden hacer semejante chirrido los labios que se devoran en la esquina del invierno y que él observa con curiosidad adolescente desde la ventana.

Ahora se ve la calle despejada. El vecino de enfrente regresa con la borrachera sagrada de los viernes. El le llama “happy hour”. Sería mejor llamarle “happy day”. El no hace barullo. Suele ser por demás cuidadoso al embutir la llave. Practica el oficio ancestral y mágico de que nadie lo escuche al llegar.

Las ropas colgadas en las terrazas del barrio son torpes fantasmas silenciosos. El estrépito aumenta, se hace insoportable.

El mosquito de anteanoche es cadáver estampado en la pared y ya no molesta. Los juguetes de la casa vecina seguramente duermen en un rincón. Mañana deberán soportar otra vez las torturas de esos dos delincuentes infantiles. El televisor apagado tampoco es la causa del estruendo. No suelen escucharse sus atroces circuitos mientras descansan, recuperando fuerzas para otra dura jornada de estupideces y malas nuevas.

Los pechos de la florista de la esquina, balanceándose libres dentro de su camisa blanca, jamás podrían causar esta molestia. No es el agua asfixiada en el grifo la culpable de tanto escándalo. Ni el picaflores dormido en algún sueño que será olvidado irremediablemente al despertar.

Una mosca pasa volando. El movimiento de las diminutas alas impulsadas por el instinto de deglutir un grano de azúcar sobre la mesa, es apenas perceptible.

Enfrente, en el bar madrugado, la silenciosa muzzarella se derrite sobre la porción del estribo con la que un guerrero de la noche pretende atenuar los efectos de tanto alcohol y soledad.

La habitación sobrevive en penumbras, vacía. Silenciosamente cae un pelo. Ya quedan pocos pero ni siquiera susurran al marcar el paso de la vida. Casi no se escucha la saliva que se segrega en demasía al recordar que hoy tampoco hubo cena.

Parece una locura, pero no puede rugir así el aroma de este vino barato con el que se pretende olvidar a la inolvidable. Los recuerdos no aturden, atormentan.

Es curioso sentir semejante estruendo y no advertir su origen. Se desconoce de dónde proviene semejante bulla. Sensación extraña, lejana, en otra dimensión...

El ruido aumenta. Sudor frío. Fiebre. Muy adentro, en el pecho, en las entrañas, en la sangre, en el alma, mucho más en el alma. Hilo de espuma. Ya no se puede respirar.

Y después dicen que la muerte no avisa.

Santiago Pereira Campos. *Uruguay*

Montevideo, Uruguay. Abogado. Profesor titular de Derecho Procesal en la Facultad de Derecho de la Universidad de Montevideo.

Autor de libros sobre temas jurídicos. Ha realizado talleres literarios. Autor de cuentos.

Wiston Espejo
Colombia

Los escritores

Empezó a escribir suponiendo que era un grato oficio. Gastó cuartillas, ganas y pensamientos. Y poco o nada le importó la celebridad. Su único júbilo era corregir lo corregido, recorrer lo recorrido por él mismo, divertirse solitario. Tal vez por eso no se enteró en qué momento, frente a una máquina de escribir, se convirtió en un viejo.

Agónico en su lecho, escaso de logros o reconocimiento, le rodearon allegados y familia. Un bledo le importó. Tampoco los rezos, la unción de los enfermos o el testamento. Al fin y al cabo, nunca había rezado, creído en sacramentos u ostentado bienes diferentes a sus obras.

En cambio, se alegró cuando de pronto, sin ser advertidos, arribaron ciertos individuos de naturaleza extraña. Rodeándolo, le hablaron, le narraron fantasías a su oído y terminaron cantándole. Brindó con ellos, sin licor ni copas. Cuando todo apuntaba a su mejoría, se mostró abatido de verlos tan imperfectos. Ellos reclamaron el matarlos a sablazos y ponerlos en adulterios. Y aunque no todos lo perdonaron, le bastó el perdón de los que sí lo hicieron. Unos se colgaron del perchero, otros se fundieron con las paredes y las velas. Los más osados cabalgaron los lomos de los libros y sobrevolaron el cuarto atiborrado de papeles y anarquía.

Mientras iban y venían las metamorfosis, y abundaban las maromas y escaramuzas, el agónico levitaba, vociferaba idiomas inexistentes y discutía con los

visitantes que nadie, excepto un amigo suyo, podía ver, sólo que por atribuirle un carácter trastornado, ningún acudiente se atrevió a indagarlo.

Inaplazable el día final, el amigo loco y los extraños visitantes cargaron el féretro. Nadie entendió como un ataúd pudo flotar y llegar escurridizo, surcando las alturas, hasta las estrellas, donde aún resplandece...



Wiston Espejo. *Colombia*

Dedica sus horas libres a la construcción de historias y al gusto de escribir y leer. Ingeniero Químico, docente universitario, empleado en una empresa de la ciudad, ha ganado algunas menciones locales, como la que le hizo alguna vez *caliescali.com* (2004) o la Universidad Autónoma (2006). Sin embargo, lo que aspira no es el recono-

cimiento sino la permanencia, la exquisitez en el arte y la habilidad de deleitar al lector. Por eso acota la frase de Poe respecto a la hora de lectura, oportunidad única que tiene el autor para someter el alma del lector, más en una época, complementa, en que la tecnología y la realidad subyugan tanto como las letras y la ficción.

**Fabián Mauricio
Martínez González**
Colombia

Baños públicos

Uno

La mujer que acaba de parquear el auto es una alta ejecutiva que usualmente viste con faldas y escotes profundos. Las medias que hoy lleva son negras y sedosas. El abrigo es de cuero café y sin cortes, un hermoso paño argentino. El celador, un hombre bajito de bigotes frondosos, la saluda: —Buenos días doctora, cómo está—... Ella no le responde y no porque sea mal educada, sino porque se siente rota por lo que acaba de saber. Toma el ascensor para su oficina, pero baja en el piso de las secretarías generales y se mete al baño público de ese nivel. El baño es amplio, limpio y aromatizado. Son las primeras horas de la mañana y suponemos que el personal de aseo nocturno cumplió con su trabajo a cabalidad. La mujer, antes de dejar su bolso sobre el lavabo de porcelana negra, limpia unos rastros de polvo blanco del empotrado. Saca el celular que su esposo, por descuido, torpeza o deliberación, dejó abandonado en la mesa del comedor. —No puedo creer esto— se dice mientras repasa los videos que encuentra en el celular. “No puedo creerlo...mucho hijueputa, ya veré”, unas lágrimas oscuras se deslizan por sus mejillas rosadas. Toma un kleenex del borde del espejo, limpia su rostro, guarda el celular del marido en el bolso; retoca su maquillaje, se reacomoda el abrigo de cuero y antes de abandonar el baño, hace dos llamadas desde su celular. La primera es a un apuesto abogado que ha estado cortejándola desde hace unos meses.

— Quiero pasar esta noche contigo— le dice ella como saludo.

— Ey, ey... pero qué está pasando, buenos días señora.

- Te digo que nos encontremos esta noche en tu casa de Las Colinas, ¿está bien o no?
—No estarás bromeando...
—¿Sí o no?
—Debo estar soñando... por supuesto que sí.
—Ok, te veo en Las Colinas a las siete.
—Allá estaré.

La segunda llamada es a su marido, pero se asusta al escuchar el teléfono en su propio bolso. Se ríe —qué tonta soy— se dice. Toma el celular de su esposo, abre la puerta de un baño y lo arroja al retrete que descarga automáticamente. Sale del baño triunfal, erguida. Trabaja con mucha eficacia ese día, se verá en Las Colinas con el abogado y harán el amor toda la noche. Ella continuará viendo al abogado, pero su dicha desaparecerá dos semanas después, cuando su esposo la acuse de adulterio y le pida el divorcio. La desdicha se hará más grande cuando el apuesto abogado se niegue a representarla y presente en la corte, tras un previo y millonario acuerdo con el marido, un video probatorio del adulterio. Ella sufrirá un desmayo en la sala de audiencias, al reconocer con horror las cortinas, sábanas y paredes; su pelo desordenado y boca jadeante, sus muslos relajados y dispuestos. Recuperará el sentido, pero será tarde porque el abogado presentará la grabación de la llamada, que ella le hizo desde el baño público. Querrá gritar que ella lo hizo porque descubrió en el celular de su esposo unos videos donde éste la engañaba con otra. Se sentirá inútil e insignificante al recordar que ella misma arrojó esas valiosas pruebas al excusado. Odiará a su marido y odiará más al abogado, quien le propondrá que retirarán la demanda, a cambio del divorcio y varias de sus propiedades. La mujer, tras el divorcio, perderá respeto y privilegio social. Se mudará de país y empezará de nuevo. Algunas mañanas, en las que se despertará sintiéndose terriblemente mal, se jurará a sí misma que regresará al país y matará al apuesto abogado. Nunca encontrará las agallas para hacerlo.

Dos

Un hombre gordo, sudoroso, sale del baño, al tiempo en que ingresa un hombre calvo y flaco. Es martes y el centro comercial está vacío. El hombre calvo y flaco se lava la cara con abundante agua, bebe algunos sorbos del grifo.

Toma una de las toallas de papel del contenedor, se seca con cuidado la barba y las manos manchadas de nicotina. Se mira al espejo, revisa su reloj con impaciencia. Imita el movimiento de un pianista sobre el lavabo, da media vuelta y camina hacia un orinal al fondo del baño. Relaja su cuerpo y se deja ir sobre el pozo de porcelana sanitaria. El hombre gordo, sudoroso regresa al baño, cierra la puerta de uno de los retretes y alivia sus pasos afanados. El calvo y flaco sube su cremallera, sale del baño y se ubica en la terraza. Mira su reloj y enciende un cigarrillo con un fósforo. Observa hacia la calle. Los pequeños carros, la luz de la tarde en las ventanas. La exhalación densa de sus cigarrillos sin filtro.

El hombre gordo, sudoroso y algo aliviado sale del baño. Un muchachito de pelo churco se cruza con el gordo en el pasillo. El muchacho está peinado de lado, lleva un suéter verde y un pantalón negro. Los ojos del calvo y flaco se encienden al ver al adolescente, al tiempo que aplasta la colilla en el talón de su zapato. Se encamina hacia la puerta y no alcanza a ver a una mujer desnuda en el octavo piso del edificio del frente. En condiciones normales, una mujer en una ventana sin nada encima, habría robado la curiosidad del hombre calvo y flaco, pero éste se encuentra abriendo la puerta del baño, reconociendo al muchachito del suéter verde y pensando: “tal y como queclamos en el MSN, tal y como dijimos que vendríamos vestidos”. Los deseos realizados, el minuto donde la agonía termina y se llenan los orificios del cuerpo. El hombre abraza al muchachito y lo besa en la boca. El muchachito lo acaricia con violencia, casi con tristeza. Una mezcla de manos, vértigos y lenguas.

Pasarán tres minutos, antes de que la mujer desnuda del octavo piso se arroje al vacío. Pasarán cuatro, antes de que el gordo, sudoroso, retorne por el pasillo, abra la puerta y se encuentre con los dos desconocidos, revueltos y furiosos, sobre la pared de enchape azul del baño del sexto piso del centro comercial.

Tres

— Tenga cuidado cuando saque la basura de las bolsas, no se vaya a cortar con la aguja de algún adicto— me dice el manager de aseo del turno nocturno.

Estoy en el baño del piso de las secretarías generales. Resulta interesante imaginar qué se puede encontrar en las canecas de los baños. Sin embargo, recuerdo la advertencia del manager “en estos tiempos la gente mete mucho vicio” y

no falta el que venga a drogarse aquí. No puedo correr riesgos, así que en vez de meter la mano y sacar la basura, opto por desprender los contenedores de las paredes y vaciarlos dentro de una bolsa grande. Me toma más tiempo, pero esta noche me siento paranoico.

Limpio los vidrios. No me queda ni la sombra de una gota en los cristales. Barro el piso y antes de trapear, limpio los lavabos con ácido y me dirijo con un trapo y un spray hacia los retretes. Estoy agachado restregando algunos grumos y escucho que alguien ingresa al baño. Salgo del cubículo y miro hacia el espejo. Una mujer uniformada se echa agua en la cara. Se saca la gorra negra y de su ancho uniforme, saca un cepillo, se peina el cabello y lo recoge con una liga. Se pone la gorra y de su bolsillo derecho saca una bolsita. La lleva a la altura de los ojos, la golpea suavemente con los dedos y el polvo de la bolsita, gana volumen.

— Águila 2 para águila 3, águila 2 para águila 3— resuena en su radio teléfono la voz de un hombre trasnochado. Ella se exalta un poco. El silencio es profundo a esta hora de la madrugada.

— Aquí águila 3 siga.

— Vea, es que ya es hora de mi descanso y era para ver, si usted ya viene.

— Águila 2, déme tres minutos, en tres minutos estoy allá.

— Ok, águila 3, tres minutos, fuera.

La vigilante se apura. Esparce un poco de polvo en el mesón negro del empotrado. Corta el polvo y le da forma con el carné que vuelve a prender de su uniforme. Saca un pitillo plástico, lo pone sobre la delgada línea blanca y la aspira de un solo golpe. La vigilante se echa para atrás con los ojos cerrados. Los abre, sonríe, toma el radioteléfono:

— Águila 2... voy para allá.

La vigilante guarda la bolsita en su uniforme, mastica el pitillo unos segundos, lo escupe y sale del baño. Me acerco al lavabo, tomo el plástico masticado y lo arrojo a la bolsa de basura. Termino con los retretes, acomodo las cosas en el carro del aseo y salgo en busca de los baños del siguiente nivel.

Cuatro

Está desnuda frente a la ventana. La ciudad le queda pequeña, la gente le aburre, el mundo es un gran fraude. Tres días de olvido no son suficientes para olvidar. Brandy. Coca. Sexo. La herida es demasiado profunda. Piensa y siente náuseas, se ahoga en su propia tos. Le vienen a la cabeza los tangos, las manos, los besos de su padre. Los olores marcan su vida, sus recuerdos apestan a colonia masculina. Aprieta los ojos, balancea su cuerpo, se arrepiente. Va hasta el baño. Vomita. Busca en el botiquín las pastillas, llena su mano, las pone en su boca, bebe un vaso con agua del grifo. Siente que sus ojos se hundan en su rostro. Escucha gritos saliendo de su garganta. Cierra la puerta del baño y se acuesta en la cama. Se siente un poco mejor. Se empieza a quedar dormida mirando a través de la ventana: cables de luz, edificios, la luz del cielo. Hay un hombre que fuma en la terraza del centro comercial, ella entorna los ojos y lo reconoce. Se levanta y va hacia la cuadratura de la ventana. Sus recuerdos apestan a colonia masculina. Los tangos, las manos, los besos de su padre. Camina por la alcoba, grita, patalea, estrella las botellas regadas en la cama contra el espejo. Toma un trozo, lo lleva a su muñeca izquierda, se detiene. Observa con horror el abismo de sus pupilas, esa red acuosa de agujeros sembrados en el alma. Sonríe y el dolor se agudiza en ese pozo que es ella misma. Separa cruelmente la piel de sus brazos, corre hacia la ventana y salta. Su cuerpo gira en el vacío y se estrella contra el suelo.

Ella alcanza a imaginarse flotando en el crepúsculo; tiñéndolo de sangre.

Fabián Mauricio Martínez González. *Colombia*

Estudiante de octavo semestre de literatura de la Universidad Industrial de Santander. Con este cuarteto de cuentos titulado *Baños públicos*, recibió mención de reconocimiento en el IV Concurso Literario Bonaventuriano de Poesía y Cuento. En la

pasada Feria Internacional del Libro, de Bogotá, fue lanzada la antología de cuentos *Demasiado jóvenes para morir*, de la Editorial Universidad Industrial de Santander, donde dos de sus relatos aparecen publicados.

Walter Cazenave
Argentina

Espejos



No sabes que nacieron
de padres infelices los que
conmigo batallar se atreven?

Iliada, Canto XXI.

En las singularísimas memorias de Santiago Avendaño —de niño cautivo de los indios ranqueiles y cuando hombre comisionado de fronteras— aparece como al pasar un episodio que, sin embargo, tiene resonancias épicas. Trata de lo que podría considerarse como la protohistoria del gran caudillo indígena Calfucurá, en tiempos en que habitaba todavía sus lares chilenos, junto al volcán de Llaima, y algunos años antes que emigrara a las pampas para cambiar el destino de estas tierras y el suyo propio.

Por entonces tuvo Calfucurá un entredicho con una tribu rival, respecto a la oportunidad de una invasión a las llanuras, a la que él se oponía. El otro jefe, Huircañ, hizo caso omiso a las advertencias y marchó a tierras de Buenos Aires, causando devastación y muerte, allá por la tercera década del siglo pasado.

Calfucurá, se me ocurre, cimentaba con cuidado su prestigio y tendría ya futuros y ambiciosos planes. No dejó pasar el agravio. Cuando Huircañ regresó al país de Arauco, transcurrido más de un año y cargado de cautivos y botín, Piedra Azul lo esperó en el lugar de Kemtucó, trabándose las dos tribus en batalla, con la bravura y ferocidad con que luchaban los mapuches. En algún

momento Calfucurá buscó al rival dando voces de desafío en medio de la contienda; el otro respondió. Los ejércitos se apartaron y dieron campo a la lucha de sus principales.

Erradas que fueron las lanzas, los dos hombres se trenzaron en un feroz y jadeante cuerpo a cuerpo y cuchillo. Avendaño, que no había leído y acaso no conocía a Homero, narra la escena con una simplicidad admirable. El lector, más allá de la historicidad puede, sí quiere, imaginar un espejo americano, más rústico, pero también más vital, donde sobre los dos ejércitos mudos de admiración y asombro ante la lucha de sus campeones, sobrevuelan las oscuras deidades de los pillanes, ora favoreciendo a uno, ora al otro.

En algún momento el abrazo y el forcejeo de los contendientes se hace mayor, se tensa, culmina en la inmovilidad de un segundo. Después se ve caer a Huircañ con la garganta partida por un tajo feroz, diciendo entre borbollones de sangre y los últimos estertores:

—“¡Ah, me has vencido... !!!”.

Y sin ver la degollina para con su gente “oscura sombra lo cubrió de muerte y descendió su alma a la región sombría”.

Walter Cazenave. *Argentina*

Santa Rosa. La Pampa, Argentina. Periodista, maestro rural, geógrafo, profesor de historia. Casado, tres hijos.

Saturnino Rodríguez Riverón
Cuba

Alguien más dentro de uno

Uno no es uno, a contrapelo de lo que pudiera pensar algún matemático trasnochado, o del criterio seguro del más dichoso que pretende haberse encontrado a sí mismo. Ni siquiera dos, en consonancia con aquella verdad biológica (¿determinista?) del homo duplex, afirmativa de que el ser funde a los dos seres que existían potencialmente en las células paternas. O tres, según el dogma cristiano de que la figura divina es una y tres al mismo tiempo: la unidad y tres diferentes unidades: Padre, Hijo y Espíritu Santo. ¡Bendita trinidad!: el uno y su triple.

En el edificio soy un inquilino, y abra o no la puerta también un vecino. Ya en la calle, un transeúnte más que engrosa la multitud. En ómnibus, para el chofer soy un pasajero. Si bajo, un peatón. El bodeguero me llama cliente y el policía ciudadano.

El jefe prefiere denominarme subordinado; los subordinados, compañero.

Durante el día, alternadamente, me tildan de radioescucha, televidente, esposo, tío, sobrino, nieto, padre, patriota. Si almuerzo o ceno en el restaurante, soy un comensal. El funerario me mira como posible cadáver. La maestra como alumno; mis alumnos como maestro. Si huyo soy un cobarde; si lucho hasta el final, un valiente. Para el general soy un soldado. Para el psiquiatra, un paciente.

El estadista me considera una cifra y el librero un lector.

Si por casualidad, azar, o simplemente por gusto, encamino mis pasos hacia la dirección de serle infiel a mi esposa, entonces ella me anegaría en impropie-

rios: sería primero un desconsiderado, un marrano, desgraciado hijo de..., y terminaría con términos más gruesos y enjundiosos.

Pero en el caso contrario, si mi mujer fuera la que se decidiera a cumplir esos deseos y llegara a ponerme los cuernos, la cosa sería diferente: me señalarían de cornudo para arriba, y ella ni se diga cómo pudiera catalogarme en su afán de justificar su traspicé.

A esta altura de la vida, sé muy bien quién no soy ni llegaré a ser, pero con tantos ires y venires, dimes y diretes, con toda esta madeja casi interminable, no llego a saber a derechas quién rayos soy yo.

Entonces, lo que es cierto: en esa individualidad celosamente cultivada, y a la cual no permitimos penetrar indocumentados, no está el individuo único, victorioso, íntegro. Allí se amontona un grupo heterogéneo, no siempre en orden; no siempre complacido; no siempre de acuerdo: personas bien diferentes entre ellas. Toda una población, donde la frase amor al prójimo se convertiría poco menos que en amor a sí mismo. Porque uno contiene dentro cierta porción cuantificable de humanidad. Es decir, uno no es uno mismo, sino una inmensa multitud.

Satumino Rodríguez Riverón. *Cuba*

Nació en Placetas, Cuba, 1958. Narrador y poeta. Ha obtenido premios y menciones en diversos concursos nacionales e internacionales.

En 1999 obtiene el Premio Calendario Narrativa con el cuaderno *Manuscritos en papel de cigarro* (Ed. Abril, 2001); *Cuentos de papel* (Letras Cubanas, 2007). Ha sido incluido en diferentes antologías, como: *Cuentos cubanos contemporáneos. Pala-*

bra de sombra difícil (Ed. Letras Cubanas-Ed. Abril, 2001); Certamen Jara Carrillo, Premios 2003-2005, Vol. 8, Premios 2006-2007, Vol. 9 (Alcantarilla, 2005, 2007); *Karma sensual. Antología de relatos eróticos* (El Taller del Poeta, Pontevedra, 2005); *Con buenas palabras* (Jirones de Azul, Sevilla, 2006), entre otros.

Trabaja como periodista en la emisora Radio Reloj, Ciudad de La Habana.



Raúl Sánchez Acosta
Colombia

Presagio

La pequeña embarcación se aproximó a la playa, lentamente. Los tres hombres que la tripulaban, apenas alzaban la mirada, triste, somnolienta.

Cuando zarparon al amanecer, Jonás vaticinó la derrota, pues el pescador asume que cada día se libra una batalla contra el destino. Había visto volar un pájaro negro muy cerca de la nao.

—Hoy volveremos a la playa sin botín— dijo.

Los demás lo miraron asombrados y estremecidos. Se habían acostumbrado a respetar las palabras de ese viejo capitán.

Se adentraron varias millas en la mar serena. Cada uno contempló la serenidad de la mar con diferente asombro, pero con la misma resignación. Llegó la tarde y los peces no picaron.

Ya se disponían a realizar la retirada cuando Jonás les advirtió de la presencia del pájaro negro que flotaba en la estela de espuma que iba dejando atrás la barca.

—Nos ha seguido todo el tiempo— dijo Jonás. —Es una mala señal para los tres. Sobrevoló la barca y se dejó caer sobre el agua dispersando los cardúmenes— prosiguió pausadamente consternado.

Como siempre, sus compañeros lo escucharon en silencio y emprendieron su marcha de regreso.

En la playa recogieron sus jarcias, las echaron los tres en sendas tulas y caminaron en direcciones diferentes, como entes, sonámbulos. La barca, mientras tanto, se fue llenando de pájaros negros, vagando a la deriva hasta hundirse completamente entre el oleaje verdeazulado de una mar que empezaba a encreparse.

Raúl Sánchez Acosta. *Colombia*

He realizado estudios en lingüística y literatura en la Universidad Distrital de Bogotá; filosofía en la Universidad Nacional, de Bogotá; artes plásticas en el extinto Instituto de Cultura y Bellas Artes, de Cúcuta; licenciatura en lengua castellana, en la Universidad Francisco de Paula Santander, de Cúcuta. Se ha desempeñado como docente en varias instituciones educativas privadas de Norte de Santander, así como catedrático y tutor en las universidades Francisco de Paula Santander, de Cúcuta y Universidad de Pamplona, en Tibú. Talleris-

ta en formación de docentes durante varios años. Dedicado últimamente a la literatura y la promoción de la lectura y escritura en jóvenes y niños.

Publicaciones: *Camino a la noche* (poesía), 1990. *Desencuentro* (novela), 1991. *A la luz de la luna* (cuentos y poemas para niños), 1999. *Historia de Kí* (novela para niños y jóvenes), 2002. *Historia de Kí*, 2005, Grupo Editorial Educar. *El pequeño vendedor de sueños* (novela para niños y jóvenes), 2003. *Más allá del sol* (Novela) 2007.



*A la Rectoría de la Universidad de San Buenaventura
por respaldar de manera incondicional la promoción del arte y
de la cultura, como importante componente formativo.*

*Al periódico El Clavo,
por su compromiso con el desarrollo de propuestas culturales y
por respaldar con su patrocinio nuestro concurso.*

*A Diego F. López Rivera,
reconocido diseñador gráfico, fotógrafo y narrador oral,
docente vinculado al Área Artística del Departamento
de Bienestar Institucional que donó su obra
para ilustrar el libro.*

*A Carlos A. Botero y todo el equipo de trabajo del Departamento
de Mercadeo de la Universidad de San Buenaventura Cali,
por su colaboración y gestión para hacer realidad
esta publicación.*

*A la Editorial Bonaventuriana,
por su trabajo delicado y pertinente para que este libro nazca
con el respaldo de todas las manos que han puesto sobre él
boras de trabajo experto y comprometido.*

ISBN 958-97960-0-1



9 789589 796009



**UNIVERSIDAD DE
SAN BUENAVENTURA
CALI**

La Umbría, carretera a Pance - PBX: 884 22 22 - 318 22 00

Fax: 555 20 06 • A.A. 7154 y 25162

Línea de atención gratuita: 01 8000 913303

www.usbcali.edu.co • Cali, Colombia, Sur América